

Lupe Barone

En voz alta

Y OTROS RELATOS

© 2014 Lupe Barone
Montevideo, Uruguay

MAQUETA, DISEÑO Y ARMADO
Manosanta, Desarrollo Editorial

Zelmar Michelini 1116 CP 11100 / MVD-UY
Teléfono y fax (598) 2902 7681
manosanta@manosanta.com.uy

CORRECCIÓN: Edda Fabbri

IMPRESO EN URUGUAY por Mastergraf S.R.L.

ISBN 978-9974-99-794-3
DEP. LEGAL N° XXX.XXX / 14

Derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial,
por cualquier medio o procedimiento, según el
artículo 23 de la Ley 15.913 del 27/11/87 sin la
autorización escrita de los titulares del copyright.

Memoria y construcción del sujeto en los relatos de Lupe Barone

La escritura literaria, como otras actividades simbólicas, frente a la experiencia del dolor, el castigo físico, la violación del cuerpo y el control del individuo impuestos por el poder, posibilita la recuperación de la intimidad con uno mismo y abre un espacio de libertad para la palabra, así como la posibilidad de un encuentro simbólico e imaginario no coactivo con los otros. Marcados por la experiencia del terrorismo de Estado, los textos de Lupe Barone cruzan la experiencia colectiva con el sufrimiento individual, el trabajo de la memoria con el trabajo del lenguaje, como forma de racionalizar el trauma personal y comunicarlo, para inscribir en la memoria colectiva lo irrepresentable, volverlo narrable y transformarlo en recuerdo a través de una memoria crítica. Se trata de un trabajo de simbolización ante lo que se resiste a ser simbolizado por su propia intensidad. A esta simbolización del lenguaje se agrega la del arte, capaz de una elaboración a nivel imaginario, con arraigo en las historias colectivas y personales y como forma de reconstitución del sujeto.

Escrituras de un yo que oscilan entre lo autobiográfico y lo ficcional, estos relatos surgen como formas de construcción de subjetividad que desdibujan los límites entre la referencia

personal, la conexión con lo social y la construcción imaginativa. Ya el título «Relatos» oscila entre lo testimonial y la ficción. Con fuertes marcas de lo confesional y frecuente uso de la primera persona, incorporan, a veces, interpelaciones directas que instauran un espacio de enunciación compartido entre el narrador–personaje y el lector. El recato, el estilo alusivo y despojado son sus rasgos centrales, del mismo modo que omiten referencias contextuales demasiado explícitas para detenerse en experiencias humanas individuales y privadas, llenas de sugerencias.

El primer texto **Mi muchacho de blue jean** introduce la primera persona desde el título y un nombre propio en la dedicatoria como homenaje al joven del relato. La primera persona reaparece en la palabra inicial del cuento: «*Me* entretuve frente al espejo», como marca autobiográfica, mirada a sí mismo y sugerencia de autorrepresentación, aunque en medio del desamparo de un yo atravesado por el miedo, pero también por las expectativas del encuentro. A partir de esa preparación pausada casi minuto a minuto, el texto alterna los gestos y las acciones mínimas con evocaciones y reflexiones que dan espesor y carga emocional al relato. Al mismo tiempo el yo–narrador–personaje evoca encuentros anteriores, en medio de ansiedades y temores pero también de alegrías y esperanzas, hasta el corte abrupto de la muerte. Por otra parte, la tematización de la escritura es una constante de todo el libro –«Y mientras escribo me voy dando cuenta que el interlocutor siempre fui yo»,

«nunca le dije esto a nadie», «te cuento»– lo que refuerza la identidad entre personaje, narrador y autor, al mismo tiempo que revela la necesidad de socializar una experiencia individual que desborda las posibilidades de asimilación del sujeto.

La capacidad de subjetivación por el lenguaje es encarada con humor e ironía en **Una mujer de carne y hueso**, donde asistimos a las reflexiones de un yo–mujer que se siente admirada por quienes la visitan, hasta que un joven queda solo frente a ella, le acaricia el rostro y llora, lo que le hace afirmar «que entre él y yo había nacido una razón de ser, a pesar de mi edad». Ese yo–narrador–mujer que no sólo es sujeto de la enunciación del relato y de varias reflexiones, sino que es capaz de crear un lazo de deseo en otro personaje, resulta ser, al final del cuento, la estatua de la Venus de Milo, lo que nos remite a la ficción. El cuento logra, así, que la primera persona–mujer se revele como un yo diferente, desvaneciéndose la identidad entre el autor y el narrador–personaje (la estatua), en un final que se aparta de la autoficción y la escritura del yo para instalarse en la ficción.

En el relato **En voz alta** la confesión de una joven víctima del terror adopta un tono íntimo. La delicadeza de la evocación de recuerdos junto con el despojamiento de la escritura, intensifican la calidad de esa comunicación con el lector–confidente a quien se dirige y a quien interpela, en medio de su desvalimiento, creando una intimidad reforzada por la revelación de lo secreto, lo nunca dicho, como forma de compartir un dolor, un recuerdo excesivo. Al sufrimiento físico se agrega

el sufrimiento moral, el descubrimiento de una culpa por «las heridas que ha causado a otros» y la imposibilidad de curarlas, lo que acentúa el desamparo del sujeto, al mismo tiempo que intensifica su necesidad de contar. El estilo alusivo y el pudor para referirse a la tortura, aparecen en las escasas y metonímicas referencias corporales: «todavía andaba con la piel erizada de la máquina» (del mismo modo que la reticencia, el detalle revelador, son la clave de otro notable texto **Buen muchacho**). La complicidad que genera el relato con el lector, es reforzada por las interpelaciones directas: «no te rías», «te cuento», que establecen una particular comunicación, como ritual reparador capaz de inscribir en la memoria colectiva el trauma individual a partir de una escritura de gran calidad y eficacia.

ROGER MIRZA

Dedico este libro a la generación de mis hijas y en particular a las mías, Mercedes y Lucía. A mis nietos Martín y Tabaré. Sería injusta si mencionara más nombres, mi agradecimiento es hacia cada una de las personas que han pasado por mi vida.

Mi muchacho de blue jean

*Honrando a Eduardo
Agustín Ariosa Amilivia*

Me entretuve frente al espejo durante largos minutos, dibujando una fina rayita negra con el delineador al borde de las pestañas. No era la primera vez que lo hacía, pero esta vez debía quedar perfecta.

Él me había regalado el derecho de pintarme y arreglarme, como quien hace entrega del máspreciado obsequio. También me había regalado un par de medias deportivas blancas: «Usalas con minifalda y mocasines, vas a parecer una estudiante».

Esta vez, sin embargo, no me había puesto la mini gris ni las medias blancas ni los mocasines negros. Elegí una pollera negra, unas medias finas y un par de zapatos de taco. Me peiné, me pinté los labios también, con un rosado claro. Quería estar bien para él. Y distinta. Que se llevara de mí esa imagen, en definitiva era su obra.

A pesar de las exigencias de la época, Agustín había erradicado de mí las polleras largas, los zapatos acordonados, la vestimenta marrón y la cara lavada, sin una gota de pintura. También había erradicado de mí el gesto duro, abriendo las puertas del compromiso político al paisaje colorido y alocado de nuestra juventud. Con él me había permitido lo que nunca antes: desde bailar por la calle hasta sentarnos en el cordón de la vereda a

compartir un helado, entrar a los jardines a robar flores o ir a un parque a tomar mate tirados en el pasto, y reír, reír porque sí nomás. «¡Ay, mi muchacho de *blue jean*, ya nunca dejes de cantar!»

No había nadie en la casa, y había olvidado preguntar si en algún lugar tenían perfume, pero teníamos la suficiente confianza como para que yo lo buscara por mí misma y luego les dijera que había hecho uso de él. Miré el reloj: las 6 de la tarde. Me quedaba aún una hora.

Lo iba a extrañar, sin duda. Era una separación más, aunque esta vez pintaba con un dolor más largo. Agustín me había conmovido desde el primer contacto. Su aire ingenuo, infantil. Tenía 19 pero bien podía pasar por 16. Tranquilo, dulce, de no ser porque debía verlo en condiciones de clandestinidad, jamás hubiera dicho que ese muchachito tierno era buscado por peligroso, por «subversivo». Era algo que no se me ocurría pensar de ningún compañero, ni de mí misma, por absurdo. Pero frente a él esta extraña idea surgía, quizás por lo antitético de su imagen, quizás por el halo angelical que irradiaba.

Miraba a los ojos de su interlocutor, como si las palabras que le estaban destinando –en ese momento y en ese lugar– fuesen lo más importante de la vida. Porque para él, en ese momento y en ese lugar, uno era, efectivamente, lo más importante. Y mientras escribo me doy cuenta que ese interlocutor siempre fui yo, nunca llegué a verlo frente a otras personas, o sea, *me miraba* a los ojos como si mis palabras etc...

Nos habíamos encontrado, la primera vez, a fines de febrero, cinco meses atrás. Agonía de un verano, que se me venía a la mente y a la piel, amortiguando el frío de esta noche de invierno, 12 de julio de 1972.

Se dio tal como estaba convenido, intercambiamos contraseñas preestablecidas, respiramos aliviados e instantáneamente nos confesamos que apenas llegados al lugar ya nos habíamos adivinado.

El encuentro fue en una parada de ómnibus, muy concurrida, y supuestamente no iba a durar más de unos 15 minutos. En esa época la represión era muy intensa, sospechaban de cada grupo de dos o más personas reunidas en una esquina o andando por la calle. Salimos a caminar, tardecita de verano. Aires de barrio, vecinos tomando mate en la vereda a la vuelta del trabajo, boliches de habitués, niños jugando en las esquinas.

Nada nos pasó desapercibido. Un ángel rondaba alegre y aplaudía nuestras ocurrencias. Tuve la sensación maravillosa de caminar del brazo de un hermano mayor, dispuesto a apoyarme y mimarme como siempre lo había soñado. Más de dos horas estuvimos caminando. Conversamos de lo imprescindible para la organización y de lo necesario para nosotros. No recuerdo en qué orden.

Supe por él, aunque ya me habían adelantado algo, que estaba requerido por las Fuerzas Conjuntas desde hacía meses, y que desde entonces no había salido a la calle. Que no podía andar por el Centro ni por ciertas calles muy patrulladas. Que

tenía buenos documentos y por lo tanto no andaba armado. El perfume.

Debía asegurarme, antes de separarnos para siempre, de que le comunicara esto inmediatamente a su nuevo contacto: que sus documentos falsos eran muy buenos y que no andaba armado. En realidad, buscaba alguna razón de peso para justificar este último encuentro.

«Dale esto a Agustín esta noche, a partir de entonces ya no tienen más nada que ver, hay otra tarea para vos», me habían dicho hacía una semana, un jueves. Nos vimos el viernes, por las dudas nomás, por seguridad, sólo a los efectos de saber si se había encontrado con el otro compañero. Y nos vimos el sábado, el domingo, el lunes, el martes, sin un porqué, a espaldas de la organización, simplemente por vernos y porque era difícil aceptar la despedida. Mañana es la vencida, dijimos ese martes. Y allí estaba yo, perfumándome. Seis y diez.

Me fui a la cocina a preparar un té. ¿Y si le llevaba algo? No tenía tiempo de hacerle unas milanesas, como otras veces. Hijas de una pueril confesión: «¿Sabés lo que extraño, gurisa? Charlar con la gente. A veces voy en el ómnibus y me vienen unas ganas impresionantes de hacer conversación con quien va al lado mío, de cualquier cosa. Sos la única persona con quien hablo, por eso te cuento, te comento lo que se me ocurre».

Para el día siguiente le di un contacto en una canchita de baby fútbol y llevé unas milanesas hechas por mí, sabiendo que extrañaba la comida casera. Planificamos nuestras tareas

mientras almorzábamos, rodeados de padres y madres que gritaban alentando a sus niños.

No, no había tiempo para milanesas, ya eran seis y cuarto y además el invierno no invitaba a sentarse en un muro o en el pasto, de noche, a comer milanesas al pan. Algo de abrigo, sí, podía ser, pero no se me ocurría qué. Una bufanda podía haber sido lo ideal y afortunadamente para él acababa de recibir una, hermosa, tejida por su mamá. Lo había visto acercarse a mí, una tarde, envuelto en un bufandón, con la sonrisa más amplia que jamás pude verle, sin sacarme los ojos de encima para estudiar mi reacción: «Mirá lo que me tejió mi mamá. Te explico... me crucé en una calle con un viejo vecino del barrio, me vio nacer... Enseguida me reconoció: tu mamá me dio esto para vos, la tejió ella, me pidió que siempre la tuviera puesta por si un día te veía por la calle, ¡la tejió para vos!».

Sí, claro, una flor, le llevaría una flor de la florería de la esquina, a él le gustaban. Recordé que el día de la bufanda se había enterado por el vecino de que su madre estaba internada y a toda costa había querido enviarle un ramo de flores. «Las mando sin nombre, ella se va a dar cuenta de que son mías, ¿no te parece? ¿Quién le va a mandar flores sin identificarse?, ¿no es lindo que a uno le regalen flores? A mí me gustaría y a ella también, lo sé».

Sí, una flor y además un pañuelo con el perfume que había encontrado en la casa, así, cada vez que se limpiara los lentes se tenía que acordar de mí. «Estos lentes me tapan una cicatriz

que tengo en el caballete. En la foto que los milicos tienen de mí se ve clarita, por eso tengo que tamarla.» Perfumé mi pañuelo más nuevo, me puse la campera y salí corriendo hasta la esquina. Una rosa roja.

Llegué a la parada del ómnibus y no tuve que esperar mucho. Siete menos veinticinco.

Suponía que, una vez sentada «rumbo a», se me iban a pasar los nervios. No fue así. Ya no se trataba de nerviosismo sino de una sensación rara, como de estar suspendida en el tiempo. Todo se enlentecía al punto de parecer estático, la marcha del ómnibus, los movimientos de la gente. Era lógico. Se acercaba el momento de la despedida definitiva y cualquier recurso era válido para retrasarlo. Mientras miraba al canillita voceando los diarios de la tarde, pensé que antes que nada debía recordarle que avisara a su nuevo enlace lo de sus documentos y de su resistencia a usar arma. Me estaba sintiendo obsesiva con eso, reconozco. «Yo no preciso –decía siempre–, mis documentos son excelentes, no voy a andar armado.»

Debía decirle, además, que lo quería, que lo quería mucho. Él sabía, o más bien suponía, que lo quería como a un hermano, pero hay momentos en que las suposiciones nos retacean una de las partes más ricas de la realidad, las certezas; entonces es imprescindible arrancarle voz al silencio, escucharnos diciendo lo que sentimos, decirlo en voz alta y que quede ahí, ocupando un lugar en el espacio. A él le haría bien y a mí también.

Sin saber por qué, compré un diario. No entendí nunca por qué. Jamás había comprado un diario en el ómnibus en mis escasos 18 años.

Faltaban cuatro paradas para bajarme y encontrarlo esperándome con su sonrisa dulce. Ocho minutos para las siete.

Abrí el diario y empecé a pasar las hojas volando con la mirada por encima de los titulares grandes. Los más grandes. Dos paradas.

Todo a mi alrededor se había inmovilizado. Hasta me parecía adivinar un intento de dar marcha atrás. Doblé el diario en cuatro partes, prolijamente; me puse de pie. Chisté al guarda desde mi asiento, fui despacio hasta la puerta trasera y bajé.

Faltaba aún una parada. Me quedé un rato en esa esquina oscura, a dos cuadras del lugar establecido. Luego empecé a caminar, en línea recta, en la dirección opuesta a la esquina fijada para el encuentro. Al pasar por un lugar iluminado me detuve, desdoblé lentamente el diario una vez, lo di vuelta, alzándolo hasta dejarlo frente a mis ojos. Desde la última hoja, en el ángulo inferior derecho, Agustín me miraba sin lentes, con su cicatriz descubierta, con su cara toda dulce, tranquila, de muchachito tierno: «Comunicado oficial... en la intersección de... peligroso sedicioso... habiéndosele dado la voz de alto... un arma de sus ropas... 19 años... estudiante de... muerto en enfrentamiento». ■

Invitación al amor

La recorrí suavemente con la vista. Parecía dormir. Sola, sin esperar a nadie, sin necesitar nada. Su cuerpo tibio irradiaba una luz dulce, rojiza, blanda. Transparente. Un abandono pleno de paz lo dejaba allí, al alcance de mis ojos y mi éxtasis. A su alrededor el aire ascendía dormido portando el ritmo invisible de la vida.

Cerré los ojos y me acerqué más, a fin de dejarme invadir por aquel olor tan suyo, tan ajeno, tan distinto. Y sentí que iba penetrándome, invadiendo mis neuronas en una danza lenta y sensual, una espiral descendente que desplazaba todos mis sentidos hasta el centro, a un escenario conformado por el territorio ubicado entre el pecho y el pubis. Otra espiral ascendente me elevaba convirtiéndome sólo en sensaciones que nada tenían que ver con lo que yo conocía de mí misma. El resto de mi cuerpo se desprendió de mí sin dolor, lo supe desintegrándose en millones de partículas cósmicas, en movimientos acompasados con aquella alucinante respiración. Sólo quedaba su olor como un sol, centro total de mi universo.

Fui un planeta trasladándome en una órbita milagrosamente interior a mi propio sol. Lo rocé sin querer. Se estremeció. Todo piel llamando a piel. Me estremecí.

Fui sólo un planeta sediento rotando sobre el eje de sus humedades profundas. Nos estremecimos. Entraña llamando a entraña.

Sin que pudiera dominarlo, un nudo dinámico de raíces comenzó a desenvolverse desde mi centro hasta el lugar que antes ocupaban mis manos, mis brazos, mis piernas, mis pies. Sin que quisiera detenerlas comenzaron también ellas a desear aquel cuerpo abierto al abrazo y a la entrega. Voluptuosa rai-gambre subió hasta la superficie, anduvo reptando por su piel, envolviéndolo con caricias vegetales, recorriendo sus íntimos espacios, sus secretas oscuridades. Me dio su inercia expectante. Le di mis ansias más completas y ancestrales. Me dio sus sabias vitalidades. Le di mi máximo abandono.

Una ascensión intempestiva, una explosión en pleno vuelo y el mundo se hizo añicos con un estruendo de latidos desbocados. Añicos que quedaron suspendidos en el aire, cayendo al instante como plumas mecidas por la brisa.

Reconocí el placer de una elemental confluencia, la de todo mi ser hasta entonces disgregado, con todo mi ser armónico, al contacto con la magia de su ser. Pasaron unos minutos. Quizás siglos.

Abrí los ojos lentamente. Nada vi. Nadie había. Mis pies, mis manos, mi rostro, aún estaban hundidos en la tierra caliente, recién bañada por la lluvia de verano. ■

Las casas amarillas

A Mimito

Una feliz casualidad la reunió en forma imprevista con una vieja amiga de la infancia. Vecinas, casi de la misma edad, se habían conocido cuando no tenían aún 5 años. Acuerdo de madres mediante, pasaban las tardes jugando en una casa o en la otra. Muñecas, vestiditos, juegos de cocina, hamacas, triciclos, los primeros patines y las ansiadas largas por la calle: ¡ahora me toca a mí, vos ya anduviste!

Más de treinta años, exactamente 37, habían pasado desde que tenían memoria una de la otra. Ahora estaban tomando un café, dos mujeres, con la sonrisa abierta al recuerdo de las travesuras más impactantes. También con los ojos bien abiertos para descubrir –detrás de cada gesto– lo que quedaba aún de las caritas infantiles. Pero, sobre todas las cosas, la atención bien despierta para adivinar, armar o al menos esbozar lo que había ocurrido con ellas en todo ese tiempo de separación. No se veían desde los 16 años. La vida las había paseado por distintas situaciones, así como las hojas de un mismo árbol son dispersadas por el viento, sin drama, sólo como parte de un movimiento constante, cambios naturales, y en su caso, como opciones del ser adulto. Distintas situaciones, era evidente, no distintos caminos.

Durante las dos o tres tazas de café que sirvieron de pretexto para estirar el encuentro, los puntos de referencia comunes habían ido poblando la charla, tejiendo afinidades sostenidas a lo largo del andar en los años. Aplaudieron las coincidencias, se interesaron por las diferencias.

Me emocionó mucho que me hicieras llegar la invitación para tu casamiento, me pareció un gesto hermoso, un mensaje significativo, especial. Aunque yo no pudiera ir, no me daban licencia de presa para ir a fiestas (festejamos el chiste), era como decirme aquí estoy, te recuerdo en este momento. Fue muy valioso y muy comprometido.

Sin duda era un gesto hermoso y no se podía pasar por alto: a más de diez años de no verse, a seis o siete años de estar recluida en una cárcel de la dictadura había recibido aquella tarjeta insólita, como una mano amiga saludándola a través de una muchedumbre de obstáculos que las separaban y que les impedían darse el abrazo que reclamaban.

Yo siempre te recordé, fue una época tan linda, y no olvidé jamás las cosas que vos decías, no me fue fácil entenderlas pero con el tiempo estuve de acuerdo contigo... A propósito, ¿todavía seguís creyendo en la reencarnación?

La pregunta la dejó descolocada. ¿Habían hablado alguna vez de eso? Sí, claro, era evidente que lo habían hecho, pero ¿qué le habría dicho? La memoria no llegaba hasta allí. De to-

das formas quedó muy intrigada. El tema le preocupó por un tiempo, pero no con ese nombre. En fin, ya recordaría.

Hace un tiempo me largué a pintar, me gusta y dicen que no lo hago tan mal, me gustaría... ¿cuándo venís por casa a mirar los cuadros?

Desfilaron mil temas, la mayoría quedaron inconclusos. Pero el primero, o el último, estaba claro: las dejaba feliz el reencuentro y se prometían volver a verse.

Este sábado no puedo, te llamo para el próximo fin de semana y voy a conocer tus pinturas.

Quería dejar pasar algunos días además, para disfrutar y digerir las emociones.

La había sorprendido con el tema de la reencarnación. No recordaba haber creído en la reencarnación. ¿Qué podía saber de eso a los 7 u 8 años? El tema, no se puede negar, supo tenerla en jaque un tiempo, hasta que le dio una vuelta en su comprensión y creyó en otra cosa, a la que no se animó a ponerle nombre.

Fe, fe sí supo tener a esa edad. Una fe ciega. Se sentía una parte nueva y viva de una historia muy larga, muy antigua y ya muerta. Muerta para el mundo, no para ella. Muerta a los ojos de un calendario actualizado, no de su calendario interior.

Muchos indicios: insistentes llamados desde vibraciones remanentes de otras vivencias. Muchas emociones que no eran

suyas y, sin embargo, más fuertes que si lo fueran. Muchas penas cuyo origen ni siquiera adivinaba pero que le subían desde el fondo de un tiempo que no por ignorado le era ajeno. Y, cruzándose en su presente, muchas flechas con avisos de procedencia desconocida.

Así fue que, con ese alerta, con esa puerta abierta para una recepción respetuosa de señales trascendentes y siendo aún pequeña se había descubierto a sí misma inserta en el marco de un paisaje inubicable en términos reales.

Era una calle amarilla, de tierra rojiza, entre dos hileras de casas amarillas también. Todas de un solo piso, paredes viejas y descascaradas, puertas y ventanas de maderas roídas por el tiempo. Ningún indicio de alumbrado eléctrico. Ningún ser humano, ningún animal ni vegetal. Sólo el amarillo, fantasma de un sol escondido tras nubes de lluvia cercana, contra las paredes calientes de una calle desierta en hora de siesta.

Y esa calle era o había sido suya en algún momento, sin duda. Ya fuese por haberla habitado muchos años y conocerla palmo a palmo, con la propiedad que da el ser dueño de un largo tiempo de permanencia en un lugar; o porque alguien que no era ella le había transferido vivencias con tal fuerza que ya le pertenecían plenamente y en forma exclusiva. Sea como sea, había estado allí.

Recordaba sus olores de tierra seca, de aire caliente, la ausencia de sonidos domésticos. De sólo evocarla se le cortaba la respiración en señal de respeto hacia esa siesta en la que sólo faltaban las primeras gotas de lluvia para que la atmósfera re-

donda y amarilla que la envolvía estallara en carreras de niños a la calle, en el perfume intenso de la tierra caliente cuando comienza a beber, en voces de madres llamando a sus hijos. Pero se le cortaba la respiración, sobre todo porque a pesar de tratarse de un paisaje tantas veces frecuentado, se sentía atrapada emotivamente por ese instante de amarillos suspendidos entre la calma silenciosa, seca, tensa, y la tormenta sonora resuelta en grises y en hilos de aguas rojizas bordando la tierra.

Bien podían haber pasado 35 años desde la primera vez que descubrió la existencia de ese lugar en su pasado, cargado a más no poder de tintes emotivos. Y cada vez que le volvía a la memoria sentía el mismo estremecimiento.

Cuando tuvo la edad suficiente como para hacer una descripción más o menos adecuada, comenzó la investigación.

Mamá, ¿nosotros vivimos alguna vez en una calle que...? ¿No visitamos nunca un lugar con calles de tierra y...?

No. Rotundamente no. Los ocho, nueve o diez años de vida que constituían su pasado la ubicaban siempre en Montevideo, en dos barrios que estaban muy lejos de reunir esas características. Las caras de asombro de sus padres la llenaron de miedo y desconcierto, plegó la curiosidad, la guardó y no se animó a mencionar el tema a nadie más. De eso, ni una palabra a nadie. La creerían demente.

Sin embargo su calle amarilla estaba allí, con una presencia y un peso que nunca podría traducir en palabras. ¿Cómo

podía decir –una niña– que en ese lugar ella había amado, sufrido, dormido, esperado, que había trabajado y que hasta había envejecido? ¿Cómo podía decir que por las palmas de sus manos reseca había sentido pasar más de una generación, al acariciar el pelo de los niños dormidos a la hora de la siesta? ¿Cómo podía decir que había recorrido esa calle todos los días, durante años, para ir a buscar el agua? ¿Cómo podía decir que sabía lo que era remendar ropas a la luz de un farol, en el silencio de la noche? Imposible. No, no podía decirlo, a nadie.

Lo convirtió entonces en su secreto, un rincón de historia privada, un goce intransferible que le ensanchaba los bordes de su vida. Sólo suyo.

Ahora bien, de ahí a largarse a la defensa pública de la reencarnación, había una distancia insalvable. Por donde lo mirara, no hallaba la punta del comentario de su amiga. Y lo olvidó.

Nueve días después fue a hacer la visita prometida. La emoción tensa, alerta, del primer día dio paso a una alegría mansa, a un bienestar ancho, firme.

Conoció a los hijos de su amiga, a su esposo, los perros, vio las fotos familiares más elocuentes. Tomaron mate y, tal como estaba previsto, se presentaron los cuadros. Observó con respeto aquel estilo surrealista del que nada sabía ni entendía. No osó decir que Dalí, con toda su fama y su autoridad, lejos de gustarle siempre le había dado asco y hasta un poco de miedo. Su ignorancia la inhabilitaba para dar una opinión, eso fue lo que le dijo.

También le dijo, en una confesión pueril, que le gustaban mucho los colores que había utilizado. Brillaban los azules, los verdes, los anaranjados, sobre ojos, piernas y caballos destripados en mares negros y rojos. No quería ser ofensiva, se trataba de arte y más que eso, de una mujer de más de cuarenta años que se había decidido a pintar poniendo en ello todo su amor y su pasión.

Me esperan en casa, ya es tarde y tenemos un cumpleaños, ¿me llamás?

Fue a buscar su campera y ya estaba pronta a salir, despedidas mediante, cuando su mirada se detuvo en una tela, sobre la pared, a la derecha de la puerta de calle.

¿No te lo mostré? Ese es mío también aunque no lo parece, me aparté de mi estilo. Todavía no sé de dónde me salió, qué fue lo que me inspiró, decime si te gusta porque mirá, modestamente, yo quería hacerte un regalo... así que si te gusta te lo podés llevar.

Se lo envolvieron; ella agradeció, otra despedida, y se marchó para su casa con el cuadro bajo el brazo.

Entró a su casa sonriendo, miró las paredes, descolgó un tapiz frente a la cama. En ese lugar puso el cuadro. Una atmósfera redonda, caliente, estiró sus lánguidos dedos hacia ella; la envolvió en olas de sopor. Abanicándose con una revista, se recostó a mirarlo.

Era una calle amarilla, de tierra rojiza, entre dos hileras de casas amarillas también. Todas de un solo piso, paredes viejas

y descascaradas, puertas y ventanas de maderas roídas por el tiempo. Ningún indicio de alumbrado eléctrico. Ningún ser humano, ningún animal ni vegetal. Sólo el amarillo, fantasma de un sol escondido tras nubes de lluvia cercana, contra las paredes calientes de una calle desierta en hora de siesta. ■

Una mujer de carne y hueso

Lo veía llegar todas las mañanas y el corazón se me encendía de alegría despertando mi cuerpo frío con oleadas de sangre caliente. Sentía que me nacían brazos para abrazarlo, manos para colmarlo de caricias iguales a las que él un día me había prodigado. Diez años hacía ya.

Nuevo allí, en ese entonces. Había llegado –el primer día de trabajo– como quien entra a un templo ajeno a su religión. Saludó a sus compañeros, se presentó y fue a hacer lo suyo en silencio.

Ya desde aquel momento me llamó la atención. Algo en él me atraía, una ternura escondida quizás, que lo diferenciaba del resto. Ciertamente la tarea era bastante gris y monótona pero él, él tenía un brillo especial en la mirada que me hacía suponerlo más sensible, más atento a todo lo que no era obvio. Tal vez ese brillo que ilumina en nosotros la belleza que no somos capaces de reconocernos. Por otra parte, no le buscaba yo ninguna explicación demasiado complicada: me hacía feliz su presencia, y eso ya era mucho decir.

A los pocos meses ocurrió lo que nunca había soñado. Se detuvo frente a mí y me miró largo rato a los ojos. Estábamos solos a esa hora, el público se había retirado, el personal

también. Él estaba, creo, apagando las últimas luces. Era la primera vez que alguien observaba así mis ojos; casi nunca logro cruzar una mirada con nadie más que durante breves segundos. Nada tengo contra la admiración con que pasean su vista por mi cuerpo, aunque sé también de la incompreensión que me separa de mis admiradores. Sé que la mayoría se lleva algo de mí que les da la ilusión de crecer (en el peor de los casos, sólo a los ojos de los demás). Pero nunca nadie me había dado tanto en una sola mirada sostenida.

Yo no pude sonreírle. A él no le importó. Alzó una mano abierta y acarició con las yemas de sus dedos suaves todo mi rostro. Sentí su tibia piel recorriendo mis mejillas, mis labios, mis párpados inmóviles. Y con su mano aún en alto, vi brotar de sus ojos dos lágrimas sinceras.

Me odié. Renegué de mi pétrea y falsa indiferencia. De mi altiva postura. Y descubrí que entre él y yo había nacido una razón de ser, a pesar de mi edad.

Desde ese día, cada vez que él se va y el museo se cierra, yo sueño que tengo brazos... que no soy de mármol, que no soy la Venus de Milo. Soy una mujer. Una mujer cualquiera, de carne y hueso. ■

María José y las 19 canciones

No la conozco. No sé de dónde salió. Prima, me dijeron (prima política, por supuesto), y acepté que debía ser así no más. ¿Qué más remedio?

Cuando él me habló de su familia olvidó mencionarla. ¿Me habrá hablado alguna vez de su familia? No, ciertamente no; o apenas lo hizo. Nuestro brevísimo tiempo no conoció casi ningún tema del pasado. Que sus padres vivían en el interior, que él vivió en Montevideo desde niño, que algo así como un hermano, que más compañero suyo, que unos tíos, en fin una idea entrecortada, borrosa, confusa. No venía al caso nuestra procedencia, ni nuestras historias personales. En cualquier momento, a la vuelta de cualquier esquina, una cárcel o una bala aguardaban ansiosas. Nosotros ardíamos en el presente, aquel presente, consumiendo toda la vida en un instante, con intensidad, sin ansiedad. Había que poner peso en el platillo Vida de la balanza, para contrarrestar el fardo del platillo Muerte. Las convicciones, procedan de donde procedan –supongo hoy– son el vino más exquisito, el mar más navegable, el lecho más apacible. Y la pasión más envolvente. Y no había tiempo para historias.

Ahora sí. Porque hay tiempo hay historias. Porque hay tiempo y pocas convicciones en pie el vino no deleita, el mar

no atrae, el lecho es a veces pesadilla y la pasión es sólo una nostalgia. Sólo algunas noches el aire fresco que entra por la ventana enciende mi sangre y mis sentimientos con las brasas dormidas de una juventud vivida con la máxima intensidad. Entonces vuelo, corro, desvarío, lloro, aúllo por dentro, sucumbo, y vuelvo a ser virginalmente feliz.

El tema, si lo hay, es que no sabía que existía una prima suya llamada María José, y ahí estaba ella, radiante en su cara angelical, adolescente desenfadada que me acribilló a preguntas y a sonrisas, que me recibió de brazos y corazón abiertos y me colmó de dulces y sutiles agasajos.

Años hacía que sabía de mi existencia; creció con la idea de que en una cárcel vivía la señora de su primo-casi-hermano, y que fuera del país estaba viviendo y aguardando su primo-casi-hermano, para poder volver un día. Cuestiones de política (de un soplado solo y corto se inflaba un globo y se le hacía un buen nudo en el extremo, a fin de que el aire no se fuese a escapar) y a otra cosa.

Pero María José tenía radares en el corazón y ese no sé qué que no se puede definir así tan fácilmente. Tenía esas cosas que cuando no se dan no pasa nada, pero que cuando se dan, se saben reconocer: esas cosas que hacen más linda la vida. Quizás no habláramos el mismo idioma, en definitiva mi edad y mi experiencia de vida estaban separadas de la suya por tan solo una dictadura. Pero intuí, leyendo en el brillo de sus ojitos

que me miraban de igual a igual, que sintonizábamos la misma frecuencia. Es decir, y con el máximo respeto, que podíamos cagarnos en la dictadura y apelar a lo más fresco, a lo más hermoso que nos ofrece la vida, que es el goce de vivirla. Y pasamos momentos hermosos.

Un día me regaló un casete grabado por ella, con 19 canciones, la mayoría eran candombes y murgas. Miré los títulos; sólo dos reconocí. En el papelito copiado con su letra había una dedicatoria. Era para él, su primo-casi-hermano y para mí, sólo para nosotros, para tentarlo a volver al paisito. Cierto, él no estaba en el paisito, y yo, estando, también debía volver. Ella nos invitaba a regresar.

«Mi ciudad
me abraza suavemente
me retiene su gente
mis amigos
y vos..»

Comprendí que con su exquisita sensibilidad había olfateado en el aire la esencia de la tarea más dura de nuestra vida. Ella, que no tenía aún raíces, comprendía que a nosotros nos las quisieron cortar.

«...y verás
que todo es posible

cuando uno quiere
recomenzar...
Y aprenderás:
la riqueza de la vida,
es cosa de uno
y nada más...»

Después de tantos años, hoy los escuché nuevamente; yo volví, o mejor dicho estoy empezando a volver, por eso puedo contarlo. Él no volvió nunca. Y María José, ella se fue del país. A echar raíces en otro suelo.

«...como el sol
qué linda estás,
como una gaviota
te vas, te vas
viajando por las nubes
inflando tus alas al volar...»

Toda la sed

Honrando a Beatriz

Nos cruzamos en la calle por pura casualidad. Beatriz estaba igual, sonriéndome desde su desvalida incredulidad. Parecía que nada hubiese cambiado desde la última vez que nos habíamos visto. Movi6 como siempre su melena rubia hacia un lado y hacia otro, en un desconcertado gesto de «no puede ser».

Sus grandes ojos verdes, sin un solo pesta6eo, se habían detenido en mí como quien grita con la mirada pidiendo socorro desde una realidad lejana e invisible. Que era, para mí, obvia.

Beatriz. Uno de los primeros rostros que vi cuando entré al Penal de Punta de Rieles.

Beatriz fuerte, Beatriz grande, rústica campesina que imaginé dorada de sol, rodeada de niños, de espigas y de estrellas en noches apacibles.

Beatriz de ojos claros, Beatriz de risa franca, sonora, ávida consumidora de vida simple y de alegrías sencillas.

Beatricita, más historia de trabajos que de libros.

Beatricita, más historia de trabajos que de juegos infantiles.

Beatricita, más pasado de deberes que de placeres.

Y Beatriz soñaba despierta con su amado compañero, reavivaba el fuego pequeño de su gran amor, llenando de pícaras

arruguitas las comisuras de sus ojos y de enormes y blancos dientes el borde interno de unos labios hechos más para risas que para silencios.

Pero Beatriz estaba allí, tan presa como yo.

Pero Beatriz estaba allí, tan joven, tan indefensa, tan de otro lugar.

La fui descubriendo lentamente aunque la conocí en el primer momento.

Nos fuimos encontrando día tras día en el camino que va de los 20 a los 30 años; yo tratando de comprender, ella intentando demostrarme que aquello era incomprensible. Una sed tal de vida, la suya, que no hubo teoría alguna que la convenciera: la cárcel era una aberración, un imposible de admitir, una aborrecible pesadilla que no valía la pena comprender. Bien podía haber sido Beatriz o Rosendo Maqui, en un mundo ancho y ajeno. Parecía como si toda la sed del mundo hubiese anidado en ella. Beatriz era la sed, ella misma. El sueño de libertad, la fuente que iba a saciarla.

Y allí estaba, caminando por la calle, por-la-ca-lle. No obstante, su expresión era la misma que dos años atrás. La misma atónita expresión de no entender nada, absolutamente nada.

Que si estás con tu compañero, que no, que todo fue mal, un desastre, lo adoro, pero todo mal, que estuve embarazada, que no quiso, que me dejó, que no tengo adónde ir, que extraño a las compañeras, que podríamos tomar unos mates y charlar...

Pero claro, ahora no estamos en lo mismo, ahora es distinto, no sé si me entendés, decime, para qué salimos vivas, para esto, para tanta soledad, hubiera sido más justo morir allá...

La vi tan sola, tan joven aún, tan indefensa, tan de otro lugar que se me ocurrió cualquier cosa. Tomá esta llave, yo vivo sola, hacé lo que quieras, si se te antoja vas y te quedás, el tiempo que quieras, sin explicar nada. Pero ahora, vamos a almorzar y conversamos un rato. Que no, que vos estás en horario de trabajo, que no pasa nada, igual puedo salir un rato, que yo no tengo un peso, ando sin laburo, decime, para qué salimos, no puede ser.

El calor era sofocante, ¿qué te parece si mañana nos tomamos un ómnibus para alguna playa, lejos, nos llevamos un mate y unos bizcochos y pasamos el día como venga, disfrutando del sol, y del agua? Sí, faltó al trabajo, ¿vale la pena o no?

Y nos fuimos nomás, sin saber adónde. El ómnibus se detuvo en El Pinar, nos miramos, ¿habrá que bajarse entonces? Bajamos y recorrimos la orilla hasta encontrar un lugar que nos gustó. Ya en el ómnibus habíamos soltado la risa, por cualquier cosa, como pretexto del goce de hacer algo nuevo, distinto, esa maravillosa sensación de estar compartiendo lo que siempre soñamos, con quien puede disfrutarlo igual que uno.

Durante años nos habíamos visto de uniforme gris, ahora nos veíamos de vaqueros y camisetas coloridas; conocíamos todo una de la otra pero sin embargo nos faltaban millones de detalles y estábamos empezando a conocerlos.

¿Cómo parás un ómnibus, vos? ¿Sabés que los primeros tiempos le decía «presente» al guarda, y a veces «permiso»? Sonaban las risas en el silencio del ómnibus.

¿No te llamó la atención que ahora todo el mundo se tutea? Sí, la primera vez que un guarda me tuteó, me quedé helada, pensé que me veía pinta de guacha, tomá, me dije, todavía parezco joven.

¿Sabés lo que disfruté como loca? El tiempo de embarazo, no podía creer, estaba tan feliz, parecía una vaca lechera, pero después del aborto no quedé bien, todavía no me recuperé del todo, sabés cuánto deseaba tener un hijo... Pero, contame de vos.

Le conté, nos reímos de nuestras propias desgracias, nos reímos de las cosas hermosas que nos habían sucedido, y reímos por el placer de reír.

En la playa caminamos, hundimos los pies en la arena seca a sabiendas de que eso lo habíamos soñado juntas miles de veces y era una de las cuentas pendientes.

Saldamos muchas de esas cuentas: nos tiramos al sol, nos bañamos en el mar, tomamos mate a rienda suelta y fumamos de cara al cielo azul. Y cuando una señora forzaba a su nieto a meterse al agua, contra el llanto desesperado del niño, Beatriz no se aguantó: ¡no lo torture más, señora!

El día se nos fue deslizado por dentro de una charla que no dejó tema de lado; los termos se vaciaron temprano y salimos a buscar alguna bebida fresca. El calor de ese día fue ré-

cord en ese verano (lo supimos más adelante), lo que hizo que se agotaran todas las bebidas en los paradores y en los bares cercanos a la playa. Después de mucho recorrer, lo máximo que obtuvimos fue un vaso con unos cubos de hielo que debimos dejar derretir para beber en lentos sorbos. Recordamos otros momentos de sed, otros calores sin playa, los calores en calabozo, y nos reímos de esta mala broma del destino.

Mientras tanto, seguimos el periplo por la galería de conocidas de otros tiempos, de cada una fuimos armando el *collage* que componía el panorama post cana: que fulanita estaba estudiando gracias a una beca que le otorgaron en..., que supiste que menganita tuvo un varón, sí, con fulanito, están muy bien, yo vi a zutanita en la marcha por... ¿cuándo falleció la mamá?, ¿sabés a quién vi?

Ya no volvió a repetir la pregunta de la víspera, ¿para qué salimos? En ningún momento del día. A mí, que me había ido mucho mejor que a ella, también ese día me respondió interrogantes, me enseñó, me colmó de riquezas de las que ya estaba aprendiendo a prescindir, y de una felicidad que ya me estaba resignando a dar por imposible. Nada de lo que hicimos fue original, sí trascendente. Nada de lo que hablamos fue fundamental, sí necesario. Necesario fue constatar que el interés por lo que pasaba con cada una de nosotras no había quedado reducido al tiempo de convivencia forzada, que el cariño no se había quedado detenido allá adentro ni había muerto al contacto con el aire, que nuestros procesos personales iban a tener

para el resto de nuestros días mucho en común y que podíamos seguir hablando el mismo idioma. Necesario fue regalarnos un día, al menos un día de oasis.

Lo que no era necesario era la sed, que empezaba a hacerse molesta. A media tarde decidimos desafiarla. ¿Qué te parece si la ignoramos, si la matamos a indiferencia? ¿Cómo, si no aguantamos más? Nuevamente soltamos las carcajadas a volar.

Sin apuro y sin nombrarla más, nos vamos a mi casa como si no pasara nada, nos damos un buen baño refrescante, nos ponemos lindas –tengo alguna ropa fresca que te puede quedar bien– y nos vamos a un boliche que está a tres cuadras, a tomar una cerveza bien helada. No había terminado de exponer la idea, creo, y Beatriz ya estaba juntando los bolsos para marchar en pos de la cerveza. No se habló más del asunto. De todas formas debe haber sido la sed la que nos hizo delirar durante todo el viaje de regreso y hablar cuanto disparate se nos ocurriera. Nos dolía el estómago de tanto reír.

Bajamos en avenida Italia. Los pocos pasos que mediaban para llegar a mi casa se nos hicieron eternos. De la sed, nada. Sabíamos que algo iba a saciar esa sed acumulada, algo que estaba cerca, y que éramos nosotras las que controlábamos esta vez la situación. Sé que ella gozaba tanto como yo, por adelantado, el placer de observar el vaso desbordante de cerveza helada. El vaso existía, era nuestro, y nuestras manos se iban a mover hacia él cuando nosotros lo decidiéramos. Doble placer. Y doble, otra vez, por compartido.

En la penumbra de mi cuarto nuestras caras parecían dos soles, con rayitos y todo. La piel ardía y ni siquiera después del baño logramos quitarnos la sensación de estar en un desierto.

Se probó mi ropa, que le quedaba un poco ajustada a sus anchas espaldas; buscamos algún maquillaje, pusimos un tono rosado claro en los labios, elogió el arreglo del apartamento, admiró mis plantas y todo lo que sirviese para estirar el tiempo. Supongo que a ella, como a mí, también la sofocaba la presión del lápiz labial, que parecía aumentar la necesidad de algo fresco. Supongo que lo menos oportuno en ese momento era mirar las cortinas, las plantas, o el detalle de los adornos en las paredes. Y, sobre todo, supongo que igual que yo Beatriz trataba de dilatar la llegada del momento anhelado. Estábamos juntando, por propia voluntad, toda la sed. Toda la sed, toda.

¿Vamos?, le pregunté, encendiendo displicentemente un cigarrillo. Si te parece, me contestó con desidia.

Nunca caminé tan lento por la calle como esa tarde. Empezaban a asomar las primeras estrellas. Buscamos una mesa afuera; por fin el mozo nos trajo el milagro y llenó sendos vasos. Nos miramos y como si me hallara delante de un espejo, la vi hacer los mismos movimientos que hice (¿o acaso fui yo que hice los suyos?).

Fueron simultáneas las lágrimas que cayeron despacio, despacito, primero del ojo izquierdo y enseguida del derecho, la sonrisa contemporánea de esas lágrimas, la inspiración profunda, antes del viaje del milagro a la boca, el movimiento del

brazo que se levantó alzando el vaso helado hasta chocarlo contra el otro vaso helado alzado y el beso sonoro de ambos vidrios estalló en un ¡salud! a coro.

Me juego entera a que nuestro deseo fue ¡que podamos apagar toda la sed! Claro, conocíamos todo, una de la otra, sin embargo, nos faltaban millones de detalles. Y estábamos empezando a conocerlos.

Pero lo más importante no lo sabíamos, ni siquiera lo sospechábamos. Un año más tarde Beatriz moriría de cáncer, con sus jóvenes 35 años y casi toda la sed a cuestas. ■

En voz alta

Era su forma de mirar el vacío, como si desde ese vacío alguien le estuviera haciendo señas, ni siquiera hablando, o como si desde allí le llegara un mensaje sólo descifrable para él, un mensaje doloroso.

No, no se asuste, señor, son cosas nomás, que se me ocurren. Ahora que lo pienso, ahora que lo pienso nunca le dije esto a nadie. Cada uno sabe qué penas arrastra, cada uno sabe dónde le duele el dolor que no puede confesar al médico, cada uno reconoce al mirarse en el espejo las heridas que ha causado a otros, y sobre todo, cada uno sabe cuántas noches de desvelo le han costado esas heridas. Lo que no sabe es de qué forma curarlas.

Yo no me bajo del caballo, ni reniego de mí, pero que cuando me equivoqué, la hice bien fea, eso no se lo puedo negar... Usted me mira asustado, no se ponga así, no creo ser un monstruo: sólo que hoy puedo hablar. Mire, don, si todo el mundo tuviese la oportunidad, o la aprovechara cuando pasa –una vez en la vida al menos–, si se dejara elevar esa voz que habita en las entrañas, esa que no conoce de mentiras ni de poses, cuánto más humana sería la vida, cuántos desencuentros y sufrimiento nos ahorraríamos...

Y ese es el problema, nunca pregunté, o mejor dicho nunca se lo pregunté, nunca le dije una palabra, quizás de miedo a

confirmar que yo fui la causante de tanto sufrimiento, y creo que me voy a morir con esa duda, llamada certeza. ¿Que usted me va a perdonar por él? No, no se ría, no estaría mal.

Sí, sí, le cuento. Mediados de 1973, hacía unos siete u ocho meses que estaba detenida, todavía una andaba con la piel erizada de la máquina y yo era, como me decían los milicos, una calderita de lata. Pienso que debo de haber tenido en esos momentos mucho parecido con un puercoespín, pinchaba todo a mi alrededor, o con un dragón, echaba fuego por la boca en lugar de hablar. Un buen día me llevan a un juzgado, ni me acuerdo cuánto disparate me dijeron, yo estaba hecha un ají picante. Y no entendía nada, ni siquiera supe quién me leyó los papeles, si un juez o un fiscal o un tipo cualquiera. Me daba igual. Todo era selva. Me estaban decidiendo, a mí y a mi hijo, los próximos doce años, por no decir toda la vida posterior a esos años: la verdad que las presentaciones no me interesaban. Yo ni siquiera podía diferenciar responsabilidades. En un juzgado militar, todo elemento humano que no llevaba esposas en las muñecas era mi enemigo, circunstancial al menos, pero enemigo, y chau.

Y qué quiere, apenas 19 años, una panza de ocho meses y arenas movedizas al borde de los zapatos.

De pronto veo pasar un muchachito, muy jovencito, con cara de susto, de una oficina a otra, cargado de papeles y carpetas, es una imagen que tengo grabada como si a lo largo de la vida ese joven hubiese pasado ante mis ojos muchas, muchísimas veces. Sí, un empleadito, alguien que no decidía nada, más

bien alguien que entendía menos que yo, quizás porque su padre, o un tío le había conseguido un puestito en un juzgado y sin darse cuenta se halló un buen día trasladado de aquí para allá.

No, claro que no sé nada, por eso mismo, porque no sé nada hoy, fíjese, qué podía saber en ese entonces.

Le encontré un aire conocido, muy conocido, y para sacar-me la duda, con una bronca que me ardía en los ojos le dije, le escupí más bien: «Che, ¿no me conocés ahora?, ¿ya no te acordás de mí?»

El muchacho levantó la vista –los ojos enormes, me miró rápidamente, a mí y a todos los custodias que yo llevaba– y murmurando un tímido y casi mudo «No», desapareció en los pasillos. Pasó.

¿Pasó? No, no pasó.

Por épocas me olvidé de él o pretendí olvidarme. Espere, espere, no me apure que esto no es sencillo, si se lo digo en dos palabras no le cuento ni la mitad de la historia, y entonces mejor sería hablar de otra cosa.

Estuve muy ocupada: entender las reglas del juego, hacerme a la idea, adaptarme o crear los mecanismos para no adaptarme nunca, cosa que es más difícil que adaptarse. El nacimiento de mi hija, la separación, y tantos hechos que no vienen al caso ahora porque son otra historia, dentro de otra historia, que a su vez viene de otra historia, como la imagen en el tarro del pulidor Bão, ¿se acuerda? No tiene final para atrás, como tampoco lo tiene para adelante.

Eso sí, hubo algo que, entre otras cosas, me mantuvo siempre con los pies bastante en tierra, el apego a mi familia. Tuve oportunidad de ponerme al día con muchos de mis familiares, de conocer por cuento sus vidas, sus idas y venidas, sus problemas; a medida que me hacían llegar su solidaridad, su cariño, podía ir indagando, descubriéndolos.

Fíjese que así seguí los pasos de una prima –tengo muchos primos– que se casó y empezó a tener hijos como en una cinta sin fin; al nacer el primero el médico le dijo que no podía volver a quedar embarazada pues corría riesgo de vida, no sé por qué... Sí, ella. Y una vez por año empezaba yo a tejerle batitas.

Otro primo y la señora, corridos del Uruguay por la miseria, que se largan a Buenos Aires a probar suerte, con los hijos, claro, y ruedan por cuanta pensión, por cuanta changa, por cuanto barro sobraba hasta que muertos de tristeza y de soledad, deciden volver, pero no tienen ni un peso, entonces se viene él primero. Un drama, sobre todo por lo que extrañaron a su país y su familia, que mal que bien siempre había estado dispuesta a darles una mano.

Una tía me fue llegando a fuerza de dejar caer sobre mí unos cálidos pétalos de ternura. ¿Vio que cuando le ponen en la mano pedacitos de algo muy chiquitito, ni cuenta se da? Pero cuando esos pedacitos van llegando en forma permanente y sistemática, formando una montaña, ahí viene la sorpresa. Sí, linda, por supuesto. Así me pasó con esa tía, hermana de mi madre. También con un tío, hermano de mi padre, sí, el mismo

caso. ¿Que qué hicieron de especial? Nada especial, mandarme saludos y un beso cada vez que me visitaban mis padres. Quizás en su idioma, señor, nada especial; claro que en el mío, el que se aprende en una cárcel, el idioma del que, desarraigado –arrancado de raíz– descubre que esas raíces siguen vivas a pesar de los pesares cuando se encuentra con qué alimentarlas, y descubre que no es poca cosa eso de la «pertenencia»... No, no se preocupe, si no me enojé, sólo me apasioné al intentar explicarle qué fue lo especial.

No se asuste si le comento que en esa situación descubrí también a mi hermano y a su señora. ¡No, hombre, no! A mi hermano lo conocía, cómo no lo iba a conocer. Si no le estoy relatando una telenovela venezolana. Le digo que lo descubrí por dentro, ¿me entiende ahora?

Otra vez me entero de que otro primo mío, que tiene un año menos que yo, se había enfermado de los nervios. Estaba casado, creo que ya tenía dos hijas cuando se puso mal... Que cura del sueño, que internación, cada visita era una noticia peor que la anterior. Una vez, recuerdo, me cuentan que andaba mejor, y a los quince días, en su trabajo, andaba firmando como «José Gervasio Artigas». Entonces vivía yo en la misma celda que una médica psicoanalista. Ella me comentó que no era extraño, que más bien era un fenómeno típico de una época de conmoción social como la que estaba viviendo nuestro querido Uruguay. En ese marco, una persona puede alterarse e intentar asumir la personalidad de alguien que él identifique como el salvador,

el ser con posibilidades de rescatar a su país de la anormalidad. Uní este dato con el conocimiento que yo tenía de mi primo, y no me pareció descabellado que el problema viniera por ese lado. ¿Enfermo? No, era una persona sana, de todo punto de vista. Un chiquilín que yo recordaba con mucho cariño, muy casero, apegado a los padres, callado, pensativo; que por otra parte tuvo, me consta, las mismas preocupaciones por las injusticias que movieron a los jóvenes de mi generación a fines de la década del 60.

Si tuviera que definirlo en dos palabras diría sensible, diría callado. No, que yo sepa nunca tuvo afinidad por la izquierda, ¿o usted piensa todavía que a los únicos a quienes preocupa la injusticia es a la gente de izquierda? Bueno, si quiere, otro día lo charlamos. Sí, sigo.

No había nada que yo pudiera hacer por él, aunque deseara, aunque mi necesidad fuera pegarle un grito a la distancia y decirle: «Aquí estoy, dame la mano que quiero darte fuerza, en este momento puedo». Se separó de su esposa y de sus hijas y volvió a la casa de sus padres, donde se enclaustró en su antiguo cuarto; parece que no quería salir de allí. Sí, por supuesto que estaba medicado.

Un buen día se me ocurre escribirle una carta, no sé qué le decía, lo único que pretendía era hacerle llegar mi presencia, inundarlo de cariño, que supiera que contaba conmigo. ¿Cómo? ¡Y yo qué sé cómo! Usted me hace cada pregunta, disculpe, pero me saca de las casillas con sus interrogantes

sin respuestas para el presente. Cada gesto es válido en el momento en que se lo precisa, caramba... Sí, continúo, si no me interrumpe con preguntas tontas, ubíquese, don, piense con su cabecita.

Como decía, le mando esa carta, y qué me cuenta que él, que no salía de su cuarto, sale. ¿Para qué? Sí, para leer mi carta. Casi muero de la emoción cuando me lo contaron. Me hizo el honor de abandonar su mundo por esas letritas mías, le llegaba mi cariño, le servía. ¿Por qué?, me preguntaba, y alguien me ayudó a entender. Yo quizás representaba algo para él; en definitiva estaba presa por luchar y él estaba en su mundo, preso por no poder luchar. No... si cuando le digo que los presos no fuimos únicamente los que estuvimos en las cárceles, sé de qué estoy hablando. Lo vi claro al abandonar mi condición de presa. Yo salí, pero los de «afuera», ¿cómo salieron, si salieron? Volviendo a lo nuestro, claro que no era yo, era lo que yo representaba, no importaba; igual había roto su cascarón.

¿Y qué le parece? Le seguí escribiendo, sí; no muy a menudo pues tenía miedo de que censuraran esas cartas si se daban cuenta de que eran esperadas.

No me pregunte eso; los hechos, a la distancia, se van alejando de las coordenadas tiempo y espacio. Además los acontecimientos se daban como en avalancha. O tal vez he olvidado mucho. Supongo que habrán acertado con un buen tratamiento, lo cierto es que de a poco me fui enterando: que está estudiando, que está trabajando, que anda mejor, más animado.

Sólo de vez en cuando me asustaba cuando mis padres me contaban que se les aparecía de golpe a contarles que me había visto por la calle. Lo convencían de que no era así, ¿Qué puedo hacer yo por ella?, preguntaba.

¿Usted entiende esto? Yo no. Nunca lo entendí. Había algo que no compaginaba en mi cabeza. ¿Muy unidos? No, no se puede decir que fuera así. Cierto que siendo niños habíamos compartido buenos momentos, de muy pequeños, y luego en la adolescencia, acompañando a los adultos en las visitas familiares nos veíamos, sin embargo nunca tuvimos una relación fluida, recuerdo a lo sumo dos charlas. De todas formas había una corriente, pues así como él debe de haber sufrido por mi prisión, así sufrí yo al saberlo enfermo, con el sentimiento de una hermana mayor que necesita proteger y en lo posible evitar sufrimiento a su hermanito.

¿Cómo terminó la historia? ¿Y quién le dijo a usted que la historia termina? Lo que termina es el cuento, y esto no es un cuento. Vea, en el 84, setiembre, recupero la libertad. Una reunión de familia, allí estaba él, mustio, opaco, diría que con una tristeza ingobernable. Lógicamente, usted tiene razón, para la familia era doloroso constatar el pasaje de tantos años, su impotencia, y yo estaba feliz, alegre como unas pascuas. No podía ser la misma realidad mirada desde mi óptica, que vista desde el punto de vista de ellos. No es sencillo de explicar, vea, a una la miraban como si fuera un muerto resucitado, como a alguien que regresa después de muchos años de ser cadáver; y en gran

medida dependía de uno romper con esa imagen. Si se acercaba a demostrar que una había estado viva, o sea, a llenar los silencios del velorio, a ilustrar aspectos de la vida –en otras condiciones, sí, pero vida al fin– sin abrumar con cuentos truculentos y sin rebajar la calidad de dicha experiencia, entonces... por supuesto que no era fácil, bastaba con ser natural, entonces el velorio se iba muriendo (valga la imagen), las caras empezaban a cambiar y podíamos recuperar la alegría del reencuentro.

Creo que me fui por las ramas, ese es otro tema. Y allí estaba mi primo, con esa forma de mirar que le comentaba hace un rato. Cuando me di cuenta que no era por el impacto del reencuentro y lo vi tan solo, tan sumido en ese vacío sin final, me fui desplazando del lugar que tenía en la rueda, hasta que me acerqué a él. No había asiento a su lado. «Estoy más acostumbrada a sentarme en el suelo», saqué de abajo de la manga y me senté a sus pies; apoyé un codo en sus rodillas primero y al poco rato ya fue natural abrazarle las piernas. Como lo tenía a mis espaldas, no pude en ningún momento ver su cara. No habían pasado ni cinco minutos, y se levantó bruscamente y se metió en el baño. Dejalo –me dijeron cuando amagué a ir tras él–, está llorando.

No, estaba bien, era como me habían dicho, hacía vida normal, pero era una persona convaleciente: aún estaba medicado. Me sorprendió en otro sentido. No sé, que mi regreso no sólo no lo alegrara más, sino que parecía despertar alguna zona oscura. Fue el único que se quedó en aquel primer velorio,

como si por encima de la posible alegría, un dolor subyacente lo aplastara y dominara. No obstante, me acompañó mucho en esos primeros tiempos; conversamos bastante, salimos juntos a pasear más de una vez. Fue una de las puertas por las cuales accedí a la libertad. ¿Sabe?, yo voy recordando y evaluando a medida que le cuento. Una tarde nos fuimos al Prado a tomar mate, otra vez me invitó a cenar en una parrillada en el Centro. De a poco fue abriéndose, hasta me contó que tenía novia, que tenía miedo de casarse, miedo de otro fracaso. Al poco tiempo decidió, se casó, tuvo el primer hijo de ese matrimonio. ¿Ya le había dicho que con la primera esposa tuvo dos niñas? Y ahora tuvo un varón. Sí, claro, está muy bien, se repuso, es dueño de su vida; trabaja, estudia cuando tiene oportunidad. Está por terminar una carrera.

Antes de nacer su otro hijo fui a hacerles una visita. Me trajo una montaña de fotos, estuvimos mirando y recordando, comparando. De pronto, unos ojos claros, los suyos, pero muchos años más jóvenes, me llamaron desde una foto carné. Un dolor profundo en el pecho me dejó sin aliento por instantes; disimulé mirando otras fotos mientras retenía esa en una mano. «¿Esta de cuándo es?», pregunté. «Ahí tenía 18 o 19, creo».

Espere que ya siga, don, no ve que todavía se me corta el aliento al recordar.

Era él, no me cabía duda. O había dos personas exactamente iguales, de la misma edad, trabajando en los mismos asuntos, o el muchachito con cara de susto sobre el que yo había

descargado toda mi bronca, aquel día en el juzgado, era mi primo. Y si había dos personas tan iguales, y aquél no era él, entonces también vale, a menos que otra persona igual que yo le esté dando hoy una explicación parecida.

No, ya se lo dije, nunca le pregunté, aún no me he animado. Igual, ya sé la respuesta y, llegado el caso, no le ahorraría nada de lo que sufrió. Pero ya ve, hace doce años y la historia está latente.

Cuando camine sin apuro por la calle, mire las caras de la gente. ¡Cuántas historias habrá, palpitando en los silencios! Lo mínimo que puedo hacer es esto, lo que hice ahora. Contarlo en voz alta, ¿me entiende? ■

Hágase la luz

Era un monstruo sagrado. Muchos lo han definido como un ser excepcional. Aún estando vivo lo decían de él. Son cosas que se dicen de los muertos, así nadie puede controvertir la opinión. De él, se decía a sus espaldas, quedando el opinador de boca abierta para medir la magnitud de la excepcionalidad, el motivo de tal adjetivación. Porque después de escucharlo –su torrente de ancestral sabiduría, su despliegue de dialécticos pensamientos, su arte para la síntesis perfecta y el último pujo, el brutal, el que da a luz– uno quedaba comprometido hasta los tuétanos con su confianza.

Pero era un ser excepcional sobre todo porque siempre lograba inundar a los demás con el ardor de sus pasiones, de la forma más calma, siguiendo el camino de un preciso razonamiento, acordando o discrepando con él. Éramos lápices y él, el sacapuntas que nos descubría un filo imprevisible para escribir lo que fuera, ya su apología ya su diatriba, pero con la máxima sensibilidad, con la máxima inteligencia. En definitiva su excepcionalidad radicaba en lograr que cada ser, tras su paso, fuera excepcional, mostrara de sí lo más auténtico, lo más puro, lo más noble, lo único.

Había que oírlo. Y había que verlo. Azul, todo azul.

«Eso es un mamarracho, usted no entendió nada», me dijo a poco de conocerlo, mirando el trabajo que me había indicado preparar. Yo había pasado una semana entera trabajando en el mamarracho, poniendo lo mejor de mi ignorancia en el tema. Orgullosa, expectante, lo esperaba ese viernes; una hora antes de cerrar la oficina él debía pasar a dar el visto bueno a mi prodigio.

Dicha la grosería, dio media vuelta, sin urgencia, se sentó en su escritorio—frente al mío—encendió un cigarrillo, dos, tres y cuatro y me miraba fijamente.

Yo había quedado petrificada en odio, viendo rojo, tragándome lágrimas de vergüenza, de amor propio herido. No sé qué barbaridades le escupí cuando pude mover la boca. Que debería haber sido más explícito, que si la idea era tan clara para él y tan brillante, podía haberla plasmado él mismo, que sus métodos eran autoritarios, que yo no lo consideraba mi jefe sino un compañero con más experiencia, y que blablablá. Y que además él ya sabía que yo no sabía y que estaba haciendo lo imposible por aprender.

Estoy segura, ahora, de que no me escuchaba. Se escuchaba a sí mismo diciéndose las mismas cosas que yo le decía. Con el tiempo pude saber que su voz interior, la voz de sus sentimientos, manaba y subía a él desde lo más profundo de la tierra, con frescura, con fuerza y con humildad, por eso él la escuchaba respetuoso.

Se hizo un largo silencio, durante el cual me sentí una inútil, con 31 años durante 12 de los cuales yo había sido una no sé qué ava parte de un todo llamado presos políticos, pero mi «todo» había permanecido improductivo, sin laburo, soñando con trabajar, con largas colas a la puerta de posibles empleos, con mi entrada a las 7 a una probable fábrica, con un «está despedida» por rebelde, por insolente. Y volvió a pasar ante mí mi preocupación constante y pesadillesca por de qué iba a vivir, sin tener oficio ni carrera ni experiencia previa ni referencias del último trabajo.

—¿Trabajos anteriores?

—No tuve.

—¿Qué edad dijo que tenía?

—31.

—¿Y es la primera vez que va a trabajar?

—Sí.

—¿Qué dijo que sabía hacer?

—Nada (sé estar presa, tarado, eso lo hice bien, estoy orgullosa de cómo lo hice).

Doce años de abstinencia laboral forzada me inhabilitaban para dar comienzo a la actividad. Negro, todo negro.

Con él fue distinto.

—Yo no sé hacer nada de lo que usted plantea, no conozco el tema ni las tareas, no soy la persona que usted necesita

aquí, pero si me da un tiempo voy a aprender –le dije de un tirón, sin pestañear.

Me miró fijo mientras fumaba. Supongo que descansaba. Había hablado más de una hora sin parar planteándome las tareas, el esquema de trabajo, qué se esperaba de mi función, etcétera. Su mirada penetrante revisó en mí todo lo que había de verdad. Después de un rato empezó a pasear sus ojos de mí a la ventana, de la ventana a mí. Desde la altura de aquel tercer piso, lo que más se podía apreciar eran los caminos verdes que formaban las copas de los árboles, azoteas con ropas tendidas, gris y verde y a lo lejos una angosta franja del Río de la Plata.

Ya parecía haberse olvidado de mi presencia cuando murmuró: «Mañana aquí a las 8», sin una puta sonrisa de aliento. Dando por finalizada la entrevista, me levanté: «Hasta mañana, entonces», tendiéndole la mano. Esperanza, verde.

Y ahora, pasado ya un mes, me aplasta como a una cucaracha.

Yo seguía indignada, tanto que ya no me cabían las lágrimas en la boca y estaban escapándose por las comisuras de los ojos. No lo vi cuando se levantó, pasó su mano gruesa por mi pelo y un perdóneme susurrado como para sí mismo cayó con todo el peso de su edad sobre el vidrio negro de mi escritorio y mi altivez. Arrastró su silla hasta mi lado y: «Venga, vamos a trabajar, lo vamos a hacer juntos».

Él tenía una reunión importante del partido a las ocho, se lo recordé. Siguió trabajando, trabajando y fumando un cigarrillo tras otro.

A eso de medianoche el trabajo quedó pronto, de la forma que él quería, de la forma que era necesaria, integrando unas cuantas sugerencias mías, y yo había aprendido lo suficiente como para largarme sola la próxima vez. Terminada la obra, levantó sus ojos y pude descubrir que su mirada tenía la misma languidez que cinco horas atrás, y un brillito nuevo de niño feliz que acaba de hacer una travesura. Dijo algo que me hizo reír, pero él me observaba serio, a mí y al ventanal. Creo que cuando decía cosas para que los demás se rieran, era para hallar su risa en otros rostros, porque casi no lo recuerdo riendo. Brillante, rojo brillante.

Me invitó a tomar una copa en el boliche de abajo, a modo de festejo. Tres grapas cada uno explican que no recuerde ni una palabra de lo que hablamos. Casi siempre cuando estábamos solos, mano a mano, él dejaba de ser el orador para dejarme hablar y hablar y escuchaba con la máxima atención. Hizo una llamada telefónica y al cabo de un rato pasó su compañera a buscarlo, con el auto. Apuesto a que él tampoco había comido nada en todo el día. Dispuesta a que se me pasara el mareo que tenía, antes de subir al ómnibus caminé un rato por 18 de Julio. Algo se iba reivindicando en

mí. Si fui coherente con mi viejo espartanismo, no me di el permiso de saborearlo. Gris.

Otros me vieron plantarme, crecer, luchar, aprender a hacer tras el escritorio, en tanto que mi vida afuera de allí seguía deshecha en infinidad de pedacitos y sin perspectivas de recomponerse.

Cerca de un año había pasado cuando sin previo aviso, sin señal alguna que me lo anunciara, me encontré una noche bajo su techo, en su cama, entre sus brazos, en su boca, entre sus piernas, a pocas horas de salir su compañera en viaje para Buenos Aires.

Hizo conmigo lo mismo que había hecho en la oficina, demostrarme que yo podía, que no debía conformarme con marmarachos.

Fui su amante durante unos meses. Mi vida volvía a deambular por las calles y a estacionar en los rincones de la clandestinidad. Opaco, todo opaco. Antes de la cana, mis amores habían seguido las reglas de lo secreto, de lo oculto a la luz del día, a los ojos de los demás. Entonces era por razones políticas, por seguridad, por... por lo que fuera, pero amores clandestinos al fin. En Punta de Rieles por las mismas razones, por la dictadura, por la censura, porque las cartas no podían ser transparentes, porque había que cuidar las vías, los contactos de los familiares con las personas requeridas, por lo que fuera, pero el

amor seguía siendo clandestino y, por si fuese poco, platónico. Libre ya y en democracia, había conocido el amor más profundo que jamás sentí, en las calles nocturnas de Malvín, y la interrogante de un posible amanecer se lo había llevado. Y ahora, que ya ni siquiera era por amor, me seguía escondiendo del sol.

«Sea más mujer, piense más en usted, piensa demasiado en los demás.»

Lo miré como para que no volviera nunca más a mi casa. En la puerta, y después de largos minutos en silencio, cabizbajo, dio media vuelta y me miró con los ojos brillando lágrimas: «o tal vez usted tenga razón, nunca se piensa demasiado en los demás».

Su enfermedad. Alarma. Un viaje urgente al exterior para chequeos médicos y estudios especiales.

Éramos cerca de 15 en el almuerzo de despedida. Su compañera, los compañeros de trabajo y de militancia más allegados, todos buenos amigos. Un apartamento sombrío en la Cuidad Vieja. En un extremo de la mesa estaba él, iluminado por un filito de sol colado desde la única ventana. Detuvo su mirada en mí, levantó la copa y allí la dejó, alta, en suspenso. Todos nos apuramos a levantar las nuestras. Saltaron brindis, bromas, deseos, sueños. Yo estaba en el otro extremo de la mesa, frente a él, pero en la oscuridad, mirando su copa y me parecía que

ella me hablaba en secreto. Cuando los brindis se agotaron y su copa detenida en el aire abrió un espacio, estrenó un largo silencio y luego, lentamente, tranquilamente lo fue triturando con voz pausada y segura –todos expectantes– y, todavía sus ojos sin salir de los míos: «Y si no vuelvo, que se sepa que yo amé a esta mujer».

Me tragó el silencio. Vi la primera luz. Blanca. ■

Buen muchacho

«Tenés la misma edad de mi hermanita, ella también tiene 19, pero es de mayo, divina, somos carne y uña con mi hermana. A veces le digo hermanita, para mí es una gurisa, todavía, como vos, hasta jugamos igual que cuando éramos chicos.»

Ahogado en lágrimas, había tomado la mano de la muchacha entre las suyas y atrayéndola hacia su pecho la acariciaba, dedo por dedo.

«¿Sabés?, de mañana, los días que estoy en casa, ella se levanta y cuando pasa para el baño, zas, me tira un almohadazo y ahí empezamos a jugar. Si un día alguien la toca lo mato, sabés?»

La muchacha lo miraba, lo escuchaba, como quien mira una película repetida, muchas veces repetida. Conocía cada uno de los gestos que él iba a hacer, cada una de las palabras que él iba a pronunciar. Ella estaba casi siempre en la cama, sentada, la espalda apoyada contra la pared. No podía hacer otra cosa. Entonces, cuando él llegaba, se sentaba mejor, se acomodaba bien. Ya sabía que la charla, o más bien el monólogo iba a ser largo. Y él llegaba, indefectiblemente llegaba. Entraba descubriéndose la cabeza, el gesto duro desfigurado por

una sonrisa infantil, se sentaba al borde de la cama, la miraba.
«¿Cómo estás hoy?»

Ella lo miraba sin pestañear. Muchas veces venía tembloroso, agitado, la ropa empapada, las manos chorreando agua. Pero se iba aflojando, sus propias palabras lo empezaban a aflojar, se le esbozaba una sonrisa, se le perdía el disgusto en una maraña de rostros y pensamientos inconexos.

«¿No me perdonás, todavía? ¿Seguís enojada? No me puedo olvidar... Me dijiste cínico, ¿cínico yo? Yo no te mentí nunca, soy así.»

Debía venir el llanto, entonces. Y venía el llanto.

«Pero vos quedate tranquila, no quiero que te pongas nerviosa, tenés que cuidar a tu hijo, pensá en él, me muero el día que mi hermana esté con una panza como la tuya. ¿Me dejás ver si se mueve?»

Ponía la mano sobre el vientre de la muchacha y se quedaba un rato sollozando bajito hasta que: «¡Se movió, se movió! ¿Qué es esto? Mirá, parece ser una rodillita o un codito, es como una punta. Me pone nervioso cuando se mueve, ¿te duele? Va a ser varón, estoy seguro. A mi viejo no lo veo de abuelo... cuando mi hermana tenga un hijo, a mamá sí que... Mamá es divina, siempre me pregunta por vos, te está tejiendo batitas y ya tiene la lana para un rebozo. No me quiero ni imaginar si se entera el viejo, es distinto él... Fijate, el lunes andábamos trabajando, hacía un calor de morirse, entonces les dije a los muchachos de pasar por casa a tomar algo fresco. El viejo nos vio entrar,

casi me mata. Nos hizo salir a todos y entrar a la cocina por la puerta de servicio. Si somos iguales, qué importa... un día de estos tengo que irme de casa. Si no me voy es por mamá y por mi hermana, las extrañaría tanto».

Era la película de siempre, el perdón, su amor por la hermana, las comparaciones, los conflictos con el padre y después el niño que venía en camino, la salud, para finalizar con un nuevo pedido de perdón.

«No te enojés, estuve pensando pedirte una cosa (a veces venía también algo imprevisto). Si es varón, ¿me dejás ser su padrino? Por favor, no me digas que no, lo podría visitar, ir a jugar con él, no le va a faltar nada. Mamá también... No pongas esa cara, pensalo, dale, no seas mala.»

La muchacha había bajado los ojos, observaba las manchas que se iban formando en la sábana, él se movía y salpicaba. Las primeras se habían secado, aparecían otras. «Sí, ya sé, me estás mirando la ropa. Mirá, mirá cómo vengo... Es una carrera, es mi carrera, igual quise venir a verte. Fue un día muy difícil, presiones por todos lados, yo también me exijo. Tengo que poder, ¿o soy menos que los demás?» Bajaba la cabeza, lloraba más fuerte, sus hombros anchos empezaban a sacudirse al ritmo creciente de sus sollozos. «Te miro y veo a mi hermana, hasta sueño con vos.» Hipaba.

Luego vendría la preocupación por su salud. Y venía: «Tenés los tobillos más hinchados que ayer, ¿tomaste leche, hoy?

Tenés que tomar mucha leche, dice mamá que si no, no vas a poder darle el pecho al nene. ¿Cuánto hace que no tomás? Voy a ver si te consigo un vaso, ¿sí?»

Le daba unas palmaditas en la mano antes de soltársela. Sacaba un pañuelo para limpiarse la cara, una inspiración profunda para calmarse y se ponía de pie. Tenía que dar un paso atrás para poder abrir la puerta. Antes de irse, volvía a meter la cabeza para adentro.

«No me puedo olvidar que fuiste la primera mujer que torturé, y lo único que dijiste fue cínico. ¿No me vas a perdonar?»

El silencio cerraba a sus espaldas la puerta metálica del calabozo. ■

El sol está alto

Hacía un buen par de horas ya que estaba sentada, siempre en la misma posición. Marcaba con el pie el ritmo de una vieja canción: «Detrás de las paredes, que ayer se han levantado, te ruego que respire todavía». Pura inercia. Una conocida rutina de ruidos y voces a lo lejos se colaba en mis pensamientos y a través de los párpados cerrados evocaba las imágenes que debían estar sucediéndose, más allá, separadas de mí, en cada minuto de los transcurridos desde que me había despertado. Separadas de mí, ajenas nunca.

Era hora de sacudirse la inercia, de adoptar por ejemplo la pose del pensador de Rodin, y hacer algo útil por la vida. Frunciendo el entrecejo, reinicié la marcha. Una vez más.

Pretendía, airada, digna, heroica, estoica, repasar mentalmente mis invertebrados conocimientos de historia universal, analizarlos a través de la lente esclarecedora de la lucha de clases.

Traicionera, la soledad. Haciéndome trampas al solitario, volaba por encima de océanos de ignorancia, mares preñados de vacíos y lagunas de pensamientos que nada tenían que ver con la evolución de la humanidad.

Saltaba así de la gran revolución del neolítico al olor de la albahaca, en el fondo de mi casa de Aréchaga 3510. Todos los

recuerdos de mi infancia se abrían con el regado matutino de las plantas. Al pasar por la maceta de las albahacas, no podía evitar darles un pellizco a fin de robarles una oleada de su impertinente perfume. Dos macetas más adelante estaba la ruda, tan desagradable ella, que su solo recuerdo me ubicaba de nuevo en el neolítico olvidado. ¿Había sacado acaso alguna conclusión original de este período? Ni idea.

Avanzaba ya, dando otro salto casi mortal, a la época de los griegos (salto que me dejaba mal parada al mirar el abismo que dejaba atrás).

Sin tiempo para reponerme, el bullir desordenado de mi mente me hacía otra mala pasada. Tras la incomodidad de no poder dominar el orden, no sé qué asociación de ideas ponía un cartel en mi frente: Laberinto = Creta.

Al menos había llegado a Creta. Faltaba mucho aún para alcanzar aquel 1980, aquel Uruguay, aquel Montevideo que intentaba parecer otro eslabón desprendido de la cadena histórica, y lograr el objetivo tan deseado, tan perseguido desde hacía ocho años: anular la inmediatez, instalar para siempre en mi estado de ánimo la convicción de ser nada en la historia de la humanidad, y entonces... Entonces, ¿qué? Entonces, quizás... tan solo sufrir menos.

Sabía que cuando el mundo se estrecha en el pensamiento todo el espacio es ocupado por la importancia absoluta, totalizadora, de lo que estamos viviendo: «No hay dolor más grande que el mío, éste, ahora y aquí». Y yo pretendía hacer, racional-

mente, el camino inverso, desandarme, salir de mí. Pensar como el mundo. Yo–mundo entero, yo–humanidad, con toda mi sufriente historia a cuestras. Diciéndole a esta insignificante mujercita: «Lo tuyo es *nada*». Los cristianos arrojados a los leones diciéndome: «Lo tuyo, es nada». Los esclavos sudando sangre, soñando desesperados con el próximo descanso, diciéndome: «Lo tuyo, es nada». Los campesinos muriéndose de hambre mientras entregaban sus cosechas al señor, diciéndome: «¿Lo tuyo? Lo tuyo es nada».

Filas de hombres, mujeres, niños, entrando a las cámaras de gas, diciéndome: «Lo tuyo, nena, es nada». Las víctimas de Hiroshima, los indios exterminados en su propio suelo, los vietnamitas sembrando la tierra entre bombardeo y bombardeo, para seguir resistiendo al invasor y apostando a la vida, todos diciéndome: «¿Ves? Lo tuyo es nada».

Pero al hacer ese camino no llegaba a la misma conclusión, sino a una pregunta que aumentaba la angustia del aquel presente: «¿Hasta cuándo, entonces, hasta cuándo?».

Demasiado peso para soportar de brazos cruzados. Ponerme de pie y dar un paso decidido hacia adelante fue todo uno. Se me iba la vida en ese paso, como siempre se me supo ir la vida cuando el qué hacer (o el quehacer) inmediato está dictado por convicciones originadas en las entrañas. Miré con adoración mis propias manos.

Lenta, meticulosamente, con la dedicación de quien va a emprender, ahora sí, una obra de arte, la última de su vida, me

fueron saliendo las palabras. Quizás trampee en algo a la memoria, quizás exalte lo que para mí fue y sigue siendo lo más exaltante, quizás me haya quedado con la esencia derramada. Palabras más, más bien palabras menos, las siguientes:

«Sé que me estás oyendo, aunque no me hayas contestado hasta ahora. Es más, sé que deseás oírme, que esperás cada día que te hable, porque de alguna manera te confirma que alguien se preocupa por vos, piensa en vos, se arriesga por vos, en resumidas cuentas, tener la prueba de que no estás sola te da vida.

Ignoro tu nombre, pero eso es lo de menos. No sé, y es lo más grave, dónde está tu corazón. Tu silencio no tiene vuelta atrás, hasta este momento. Los quince días que hemos perdido se fueron colmando de frío interior, de vueltas en redondo y hacia abajo, del gris al negro.

¿Te gustaría acaso lamentarte mañana por lo que hoy no has hecho? Es una posibilidad. Pero siempre hay otra. ¿Sabés?, tengo un plazo de vida... lo estoy gastando, y vos también, ¿o acaso te creés inmortal? El plazo empezó a correr el mismo momento en que naciste. Claro, olvidaron decirnos cuál era ese plazo.

Tenemos 75 días aún para hacer un experimento con nosotras mismas. Hacer de tu micromundo y del mío un mundo común y agrandarlo de manera insospechada. Te invito a subir, a caminar en línea recta, a llenar de color todos los minutos».

Las palabras fluían dictadas por una voz interior, osadas, atrevidas, hasta hirientes. Mi propia sorpresa las recibía sin animarme a pestañear siquiera. Estaba decidida a no volver

a fracasar. Y los anteriores intentos, constataba entonces, habían padecido la falta de firmeza. Me animaría a decir –hasta con cierta vergüenza– que, más que el deseo de comunicación, en las oportunidades previas me había guiado la necesidad de romper la monotonía, de pintar el gris con otro tono de gris, de ensanchar mis horas, de agrandar mi propio espacio.

«Algo más fuerte que yo me dice que se puede y que se debe. Decime por favor dónde está tu corazón. Quiero golpear la muralla que levantaste a su alrededor y destruirla. Apuesto que esa muralla no fue iniciativa tuya, algo te obligó a construirla, podemos derrotar ese algo.»

Cerré con fuerza los ojos para que se desprendieran las lágrimas que me impedían ver. De alguna manera, en ese instante tomé conciencia de que todo esto me lo estaba diciendo a mí misma. Esperé.

Otra vez silencio. Sin embargo, era un silencio distinto al de las veces anteriores. Era un silencio dulce, era un silencio tibio, lo juro, y vuelvo a jurarlo hoy, otra vez, al recordarlo. ¡Ese silencio! Estaba cargado, sí, estaba cargado de algo indescribible, como partículas de un material precioso. ¡Se había roto el muro! ¡Claro! Si hasta podía oír unos latidos agitados. Llorando de alegría o reí llorando, ¡qué sé yo! Y volví a arremeter, era el momento de meter la mano y tocar su corazón. ¿Quién? ¿Quién me había dicho, un rato antes, que lo mío era *nada*? Mil veces volvería a vivir lo mismo con tal de sentir otra vez esa alegría.

«Ahora estás llorando, no me contestes nada. Podés bañarte en tus lágrimas, dejarlas correr por tu cara, sentir cómo ruedan cuello abajo, saborear las que se quedan entre tus labios, ¿cuánto hace que te las estabas negando? Yo estoy aquí, también gozando la intensidad de este momento, que nos recuerda que estamos vivas. Aprovechá a llorar por todo, por todo lo que se te ocurra. Ya hicimos algo juntas que nos creció a las dos, ¿te das cuenta de que esto es también obra tuya? Nos comunicamos, nos comunicamos de corazón a corazón.»

Descansé. Estaba feliz. Había conquistado un poco más de paz con el género humano. Y un poco más de paz conmigo misma. Las asociaciones de pensamientos volvían a conducirme a los interiores del laberinto. Me detuvieron frente a uno de los mayores descubrimientos que había hecho apenas estrenada la adolescencia. En esa época, como todo niño que quiere dejar de serlo, padecí la obsesión de hallar respuestas totales a los grandes temas. ¿Por qué el Hombre es Hombre? ¿Qué nos diferencia de los animales? En la escuela no me lo habían explicado o tal vez yo me había perdido esa clase por algún problemita de garganta. Con un esfuerzo y un tesón del que me sentía orgullosa había ido levantando una rígida estructura de cuatro o cinco conclusiones, para luego encaramarme en ella con seguridad y saltar al mundo adulto. A saber:

1. Los animales actúan en función de lo que tienen adelante, a la vista, para colmar las necesidades más elementales. No aspiran a más. Comer, descansar, reproducirse.

2. Los hombres actuamos como los animales y, *además*, en función de lo que tenemos en la mente y en el corazón.

3. Tanto más hombres nos hacemos cuanto más nos mueve «lo que no está».

4. Si ese es el móvil de nuestros actos, ascendemos en la escala animal y merecemos ser llamados Hombres.

Quince años habían pasado ya, la memoria debía estar trampeándome y agregando términos que desconocía a los doce años, pero el concepto era el mismo. Demasiado importante había sido esa primera etapa de búsqueda como para olvidar la esencia de lo descubierto.

¿Qué me había evocado este recuerdo? Nuevamente perdida en el laberinto.

¿Cómo hacía la gente para pensar sola? Admiraba cuando alguien decía: «estuve pensando en...». Me enfrentaba ahora al recuerdo obsesivo y punzante de un gran vaso de agua helada, con gotitas chorreando por el vaso y todo. Asumí no sin preocupación que había un dejo de delirio en este recuerdo. ¿Sería que también en esta pequeñez debía librar otra batalla, derrotar la sed, decirle al calor alucinante que él no era nada y que yo ya sabía que era una más de sus tretas para empequeñecer el mundo en mi cabeza y dejarlo reducido al tamaño de un trago de algo fresco? Me preparaba ya para el combate cuando fui sorprendida por un lento y tímido:

«Yo soy Alicia, vos, ¿quién sos?»

Mandé al diablo todo, vaso, laberinto, problemas filosófi-

cos. No sé lo que hice. Me reí del cruel «lo tuyo es nada». Cuando somos felices, somos grandes, hermosos; somos maravillosos seres humanos. Saludé con respeto a los protagonistas de los grandes holocaustos de la humanidad, los conocidos, los que pasaron a la historia con fecha y todo, y los desconocidos, aquellos sobre los que nadie escribió.

«¿Sabés?, no estaba segura de querer salir fuera de mí y emprender la difícil tarea de conocer a alguien. Cuesta. Hay que vencer muchas dificultades. El otro es siempre un desconocido, un desafío, una batalla que no sé si puedo ganar», me dijo.

Yo la entendía muy bien; sin embargo, alguien o algo introdujo una respuesta con la que más tarde habría de coincidir: «El tema de las batallas no es ganarlas o perderlas, sino darlas, Alicia. ¿Tenés ganas de contarme algo de vos?».

Pusimos en movimiento toda nuestra vida pasada, toda nuestra vida por venir; hablamos de cosas que nunca habíamos hablado con nadie, anunciamos miedos que nunca nos habíamos confesado, declaramos certezas que nunca habíamos sospechado. Reconstruimos libros, revimos películas, inventamos chistes, nos estudiamos, soñamos.

Pero lo más curioso fue ver que entre el mundo exterior y el interior, entre pasado, presente y futuro, entre yo y tú, existe un pasadizo. Que no es secreto pero sí sutil, muy sutil. Pasadizo que conduce a una sensación de pertenencia de dimensiones inconmesurables y que una vez descubierto, ya no se puede ignorar ni olvidar ni cerrar. Bajo determinado estado de ánimo

y determinadas circunstancias, la magia de dejarse llevar por ese pasadizo, de ver disolver una líquida individualidad en el firme y sólido universal, ejerce un poder tal que la soledad se ve obligada al destierro y al olvido.

«¡Ah!, los montevideanos... qué forma de perderse el momento. Su inquietud, su ansiedad, ese ir y venir... Debe ser la proximidad del mar, la influencia de las aguas del mar. La gente de río es distinta, nuestro río Uruguay. Quien nace a orillas del río Uruguay puede estar horas observando cómo pasan sus aguas, cómo pasan y no vuelven. Y lo pueden disfrutar, saben disfrutarlo», me enseñó un día.

Repasamos las letras de viejas canciones. Aprendí con ella una que dice:

«A veces cuando me voy
a veces cuando me iba
nunca le dije 'hasta nunca',
'hasta siempre' le decía.

Uno no va a adivinar
qué encuentra al volver la esquina
qué gallo le va a cantar
qué cartas hay en el mazo,
si lo volverá a encontrar
o si encontrará un balazo...

...que tal vez todas las veces
debiéramos abrazarnos
y besarnos como dos
que no volverán a verse
que tal vez siempre debamos
besar como para siempre».

Como para siempre. Hacer, hacer como para siempre, aun sabiendo que el río no vuelve. Pero pasa, siempre. Intuí la existencia de una noción de paz que me era desconocida. Imagen reveladora que hasta hoy alumbraba mis sueños. Lo intuí cuando, pensando en dicha canción, volví a perderme en el laberinto: me hallaba caminando del brazo de Agustín por unas calles muy largas y solitarias de Belvedere. Nuestro contacto debía ser breve, él estaba requerido por las Fuerzas Armadas tras la fuga de Punta Carretas. Era yo la única persona que él iba a ver en todo el día. Hablamos de los temas que motivaban nuestro encuentro, combinamos el contacto para el día siguiente y ya nos despedíamos cuando se me ocurrió invitarlo a almorzar en alguna fondita poco concurrida que se nos cruzara por el camino.

«Estás loca, gurisa, es un disparate, yo estoy re-quemado, ¿y si te ven conmigo? No, no. Pero, sería tan lindo, hacer como si no pasara nada, como si estuviéramos en paz, charlar de cualquier pavada, como los gurises que somos todavía, vos 18, yo 19, nos merecemos eso.»

Una exquisita cazuela de lentejas y un vaso de vino tinto nos sacaron el frío que traíamos de la calle. Una charla amistosa, espontánea, nos sacó el frío que traíamos de la época. En una radio cantaba Tormenta: «Ay mi muchacho de *blue jean*, ya nunca dejes de cantar... deja tu pelo alborotado a los vientos, qué más da...». Me contó de sus ganas de bailar. Le conté que nunca había ido a un baile.

(Nunca estuve tan contenta de haber violado las normas de seguridad como en esa ocasión: pocos días después Agustín moriría acribillado por la espalda a plena luz del día, mientras caminaba por Garibaldi, su pelo alborotado a los vientos, qué más daba. Pero su noción de paz –me arriesgo a afirmar– no hubiera diferido demasiado.)

«si lo volverá a encontrar
o si encontrará un balazo...»

Las aguas pasan y no vuelven, pero el río está allí, para siempre. Regresé del laberinto. Alicia me había resucitado a Agustín, sin querer y sin saber. Sin saber que con él también habían muerto mis ganas de ser joven. Después me dormí y tuve hermosos sueños.

Supusimos que comprometer era «prometer con». E hicimos promesas, una con otra. Supusimos que compartir era «partir con». Y compartimos una red pantagruélica de conocimientos, dudas, preguntas, respuestas, por la que corríamos o

caminábamos, pero siempre una al lado de la otra. Éramos una sola persona. Le enseñé la canción «Decir amigo». Y hasta hoy (16 años después) decir Serrat es decir amigo, es decir Alicia, es decir ternura.

También nos peleamos una vez; omitiendo el sujeto, yo expresé mi punto de vista sobre algo que –creí– le preocupaba. Tomó mis palabras y las interpretó a la luz del tema que –creyó– me preocupaba. Nos fuimos alejando cada vez más, cada una por su camino, equivocadas ambas. Sentimos que las partículas iban perdiendo calor, que el aire se enfriaba. Había además, fuera de mí, fuera de ella y de nuestras nobles intenciones, hartos motivos como para darnos el permiso de aceptar cualquier estallido de rabia. Poco importaba la discusión; no era en nuestras opiniones donde se apoyaba la amistad. El laberinto –comprendí– no era exclusividad mía.

Pudimos reír luego, al recordar el malentendido (un escalón más arriba del comportamiento animal).

Me regaló una miniatura con el símbolo del Yin–Yang. Le regalé una miniatura con la imagen del Principito. En definitiva, lo esencial no nos era dado por el sentido de la vista.

Nos comunicábamos de madrugada para contemplar juntas las primeras luces del día. «Mirá el amanecer», me decía o le decía. Imposible sospechar el valor que tienen aún hoy para mí, esas palabras. ¿Será que aprendimos que se puede vivir el momento, construyendo cosas para toda la vida? «Mirá el amanecer» fue otro de los momentos que quedó para siempre.

Fueron pasando los días a un ritmo tan vertiginoso que deseábamos sucediera algo para postergar el final. No nos alcanzaron los tres meses para todo lo que queríamos vivir.

Ella se iba un día antes que yo. «No quiero irme», me confesó esa noche. Sus palabras sangrando lágrimas, mi silencio también.

Recapacité: «Las aguas del río pasan siempre. Y yo me voy mañana también. Seguí creciendo en paz, yo voy a hacer lo mismo; pero esto es nuestro y, no te olvides, es nuestro para toda la vida».

Se la llevaron para su celda. Miraría hacia atrás, se reencontraría con todas sus compañeras, la esperarían con el mate, los cigarrillos, las noticias. Conocida rutina.

El calabozo de aislamiento en el que había vivido tres meses volvió a su tamaño normal. El mío, pegado al suyo, seguía gigante. Me quedé mirando la pared que pretendía estúpidamente habernos separado y que tanto nos había unido. Me quedé esperando sus golpecitos.

Y no habíamos tenido nunca la oportunidad de vernos. Aún no conocíamos nuestras caras. Éramos Hombres, Alicia.

Apoyé los nudillos encallecidos ya de tanto uso y por última vez, golpeé, letra a letra: «Mirá el amanecer».

Un salto sobre la tarima vacía de colchón. Una ojeada por el agujerito que mañana a mañana nos regalaba la visión del horizonte. El sol estaba alto. ■

Soledades

Si todas las tardes de sábado fuesen grises y frías como esta inclemente tarde invernal, y siempre tuviesen una boca abierta succionando y tragando a los perdidos que se lanzan de la soledad identificable de cuatro paredes a la soledad de la calle, multiplicada por los anonimatos

pensó
 un tanto distraído
 con ganas adormiladas

las manos ateridas en los bolsillos largos de un largo sobretodo, el paso lento más que lento entre las horas pluviales, el paso retrasado para no llegar a tiempo a ninguna parte, la marcha incierta de tanto caminar sin tener adónde ir

Me pregunto cuándo fue que el hielo de la incomunicación comenzó a pesar también sobre nuestras espaldas, cuándo fue que aparecieron cristales en nuestras miradas y el aire se hizo nieve translúcida enlenteciendo todo movimiento espontáneo bajo este techo que desciende y aplasta y asfixia y empobrece

pensó

ya casi indiferente

ajena a sí misma

los ojos bajos tan bajos que se hubiese podido decir cerrados, sentada al lado de su esposo, de frente al televisor, de espaldas a la vida

Si todos los días fuesen como esta inhóspita tarde de sábado, insolidarias las calles sin un cruce de miradas, sin palabras al pasar, inhabitable la casa, sin hembra sin hijos sin amigos sin calor ni color, íngrimo yo mismo

concluyó

ausente

la sombra larga delante suyo errando deslucidamente, alejándose paso a paso como queriendo andar sin él, como queriendo ignorarlo ella también

Me pregunto cuándo fue que dejé de sonreír, de cuidar mi pelo, cuándo fue que el fresco verdor de lo nuevo fue remplazado por el amarillento reseco de lo antiguo y mi rostro empezó a parecerse al desierto, por lo arenoso, por lo árido

reflexionó

sorprendida

al cruzar una mirada lenta con su otra mirada inmóvil desde el espejo del comedor

Si todas las nubes de la tarde lloraran su melancolía
 como lloran cuando lloran los sábados de tarde en invierno y
 arrastraran en su llanto las sobrevivientes hojas de los árbo-
 les como arrastran a la calle a los solitarios sobrevivientes en
 su triste indefensión

se miró

absorto, conmovido

el reflejo pálido transparente en las vidrieras que circulan
 más iluminadas que él, más concurridas que él, más aprecia-
 das que él

Me pregunto cuándo fue que adquirí estas cadenas in-
 visibles ¿o me las hice yo misma con eslabones de dudas y
 silencios y sumisas rendiciones, en la loable o cobarde inten-
 ción de evitar batallas?

se preguntó

sin buscar respuestas, de miedo a encontrarlas

sin buscar respuestas, de terror a ser sepultada ignominio-
 samente a manos de la mujer que no quiso nunca ser y ahora
 la encarnaba

Si todos los transeúntes de las lluviosas tardes sabatinas
 irradian estas derrotadas imágenes que me hostigan, paté-
 ticas vagabundas oteando interiores hogareños, caldeados, so-
 noros, animados

se las figuró

como cuadros llorosos de calma desolación

O como caricaturas de una resignación sonriente, victoriosa e irresistiblemente voluptuosa haciendo el amor con su cuerpo vencido

Me pregunto desde cuándo estoy sentada en este bar, mirando caer la lluvia, escuchando rugir el viento, a través de estos ventanales, cuándo fue que rompí el eslabón, que me solté de la cadena y me animé a cruzar el umbral de hielo, la puerta de la sinsalida

se vio sola, en una zona neutral, un sábado de tarde

se felicitó

respiró hondo el calor del lugar, recorrió uno a uno los rostros que ocupaban las otras mesas, podía recordar aún los rasgos de otros gestos, los brillos de otras miradas

se supo sola pero nueva: se sintió viva.

Se dedicó una sonrisa, la primera en muchos años.

Si esa mujer estuviese sola

como yo,

deshabitada

como yo,

expulsada hasta de la soledad como me siento yo, entonces quizás me animaría a hablarle, a ofrecerle la sonrisa que todavía tengo para estrenar, pero allí está la suya, segura de sí,

orgullosa, triunfadora; al fin y al cabo mi posible, tímida, anquilosada sonrisa ya debe de estar fuera de moda y se deshaga en pedazos de ridícula derrota frente a su decidido gesto de triunfo; su rostro desconoce las marcas del hastío
 soñó, mirando la mujer de la mesa contigua
 miró la punta de sus zapatos mojados, el borde raído de sus pantalones
 encendió un cigarrillo
 enrolló otra vez su sueño de calor y compañía
 y volvió a la calle fría
 y gris
 de aquella inclemente
 tarde
 invernal. ■

Soltando amarras

Miró por la ventanita a su derecha y reconoció su propio rostro reflejado en el vidrio, flotando entre nubes algodonosas. ¿Qué hacía en esas nubes? ¿Cómo había llegado allí? Sí que era gracioso. Desde hacía quince días no había hecho otra cosa más que andar entre nubes sin percatarse de ello en la ocasión. Una reja que se abre y un empujón desde lo más hondo de una entraña macabra la habían lanzado a un vértigo incontrolable y embriagador de sucesos, como si todo el viento del planeta hubiese estado contenido dentro suyo, con la fuerza suficiente como para desplazar una galaxia.

Ahora que las nubes, veloces, reales, estaban allí, fuera del avión, poniéndole un marco etéreo a su cara de incredulidad, ahora era el momento de darse cuenta: el viento la estaba abandonando al fin, iba a bajar a tierra.

Iba a ponerle un moño azul a un paquete de cartas de amor. Iba a despedirse de sus 4.380 noches de *soñar* con él para dar lugar, abierta, despierta, nueva, a su primer noche de *estar* con él o a su última noche de historia con él. Primera, porque podía ser el inicio de una nueva etapa. Última,

porque podría acaso ser el broche final y hermoso de una etapa agotada por la vida.

Iba dispuesta a descender de las alturas del lenguaje epistolar y estaba pronta para cualquier mal golpe en ese peligroso descenso.

Iba a hablar con el corazón en la mano, con el coraje en el pecho.

Iba a estar, simplemente a estar con él, como lo habían hecho doce años atrás.

Iba preparada a unificar coordenadas, a dejar de lado las suyas, extemporáneas, a aprender de él las que le hubieran servido, a mostrarle las que la habían guiado.

Iba a rasgar metáforas, a desnudar verdades íntimas que sólo juntos podrían arropar luego.

Ignoraba si se amaban o si necesitaban amarse para validar el tiempo pasado como no perdido.

Ella no había tenido otra opción: arrancada literalmente de sus brazos, había recibido un hilo de continuidad: sus cartas, sus mensajes de amor entrelíneas, sus regalos sutilmente elegidos, sus esbozos de futuro común, de perspectiva compartida. Para ella, ese agujerito enfocado al horizonte le había brindado sol, oxígeno, vida.

Él, como es de suponer, se habría enfrentado a lo que ella desconocía, la multiplicidad de opciones, la parte más difícil, sin embargo había sido el hábil tejedor de un vínculo tenaz, promi-

sorio, enamorado, amarrado a ella. La vida fluyendo a sus costados y él amarrado. La vida ofreciéndole libertades y él amarrado. La vida con las velas desplegadas al viento y él amarrado. La vida bailándole alrededor, tentadora y voluptuosa, y él amarrado.

Ahora lo veía más claro, iba a quitarle las amarras, desengancharlo de su puerto para su bien o para su mal, pero desengancharlo, para que, por vez primera, se brindase el derecho sagrado de elegir.

Ella había tenido mucho tiempo para bosquejar las palabras inaugurales y augurales del encuentro, las que nunca había podido escribir en una carta. No sabía si lo reconocería, no recordaba su rostro, pero como fuese, iban a quedar en algún momento frente a frente, reconociéndose, fuera del alcance de las manos, fuera del alcance de los labios hasta que algún pasajero apresurado los empujara al pasar, obligándolos al primer beso torpe, tímido, rehuido, de tanto miedo a no saber...

No registró el instante en que el avión tocó la pista, no se dio cuenta si bajó primera o última, ni siquiera si hubo otros pasajeros; no supo tampoco qué hizo entre la escalerilla y la cena que tenía frente a ella, pero allí estaba definitivamente frente a él, hablando los dos como viejos amigos, tomando vino, intercambiando noticias, riendo.

Se sentía cómoda, a pesar de no haber visto aún al hombre de las cartas. Se sentía cómoda quizás por estar frente a él como dos viejos amigos y nada más.

Ya en el cuarto de él, ya casi vencida por un tumulto de emociones y desafíos palpitantes: tenemos mucho que hablar, inició ella la exploración.

¿Te das cuenta?, se terminó, ¡se terminó! Tengo canas, sí, me salieron de golpe. No me doy cuenta, ¿cuánto hace? Es como si hubiéramos llegado a un umbral... ¿y qué fue para vos? No sé, no sé si eso, en todo caso, algo muy parecido, por supuesto, pero hoy sabemos, porque no somos más dos jóvenes inexperientes... Hay muchas formas de amor, una cicatriz de hace unos años... un gran título, el amor, con una infinidad de subtítulos... No, me lo sacaron porque dijeron que no tenía salvación y después lo vi: era una caries chiquitita... Me gusta que me lo digas pero... No es que dude, es que al mío prefiero no ponerle nombre aún... por respeto.

Sé tan poco del amor, yo también estuve soñando –soñé siempre con este momento– sin embargo nunca con el momento posterior a este momento.

¿Que comienza cuando yo llego? No, no lo escuché nunca... Lo iré entendiendo entonces. Fumo mucho, sí, ¿vos seguís invicto? Te admiro... Tengo una deuda contigo para toda la vida, no para pagar sino para reconocerte... Yo lo sé, nada de lo que pase nunca entre nosotros va a introducir el más leve cambio en mi valoración de lo que me diste en este tiempo... No, sólo yo puedo sopesar lo que fue tu permanencia en mi cosmogonía, por la razón que fuese, no importa la causa.

Te entiendo, claro, yo también te quiero, te quiero de una forma muy difícil de explicar. O no es tan difícil: sin ti... Pero hoy puedo volver a enamorarme, aunque luego de un tiempo veamos que no fue lo mejor... Regirán entonces para nosotros las generales de la ley, ¿por qué vamos a ser la excepción?... En serio, hoy puedo volver a enamorarme. ¿Cómo? No, no es frío, tiemblo siempre... Siempre no, cuando me meto en temas muy profundos... Sólo hoy y aquí y contigo puedo volver a enamorarme, si no me decís una palabra que lo impida...

Te aprovechás porque tu vino me aflojó un poco... No, no es más fuerte que yo mi idea del amor, la respeto y quiero serle fiel a aquella última conversación que tuvimos en diciembre del 73, cuando recién te habían liberado. ¿No te acordás? Claro, palabra a palabra... Sí, y que no me anticipara a los hechos y yo me comí los jazmines que me llevaste antes que me los sacaran... ¡Sí!, pero no he tenido la oportunidad porque hace once años que no veo un jazmín... Espero, ahora que no sólo no me anticipo sino que vengo corriendo de atrás, llego con retraso, por eso quiero saber... De vos, ¿de quién va a ser?... Tiene que ver, siempre entre nosotros cabe la verdad...

No, no estoy diciendo que mientas, entendeme, quiero decir que –dame la mano– este tiempo separados ya ha dado muchos frutos, los mejores que podía dar en esta situación... Pero en esa misma situación no hubiera venido al caso que me contaras algunas cosas de las que hoy sí debemos hablar, sin

dramas, con confianza... Sí, hoy... dale con el espectáculo, el día de hoy no puede ser el nudo que nos ate a un futuro no deseado... Quizás sea yo la complicada, mirá, voy a ser más clara... Apagala si querés... todavía no tengo ninguna idea del futuro salvo que no me voy del país, no perdí el arraigo estando en la cárcel, no lo quiero perder ahora.

Lo que he vivido lo sabés en gran parte y la otra parte podés imaginarla... A abrir más la ventana... porque me gustan abiertas... No sé lo que has vivido, no sé nada de tu vida en estos años... ¿Cómo que no tiene importancia?

Mírame. Me cuesta creer que no haya habido un... ¿no te cruzaste con una mujer, de carne y hueso, que te amara?, de la que te enamoraras. ¿No te enamoraste ni una vez? Apagala, sí, no me molesta... Hubiera sido más lógico, más normal que esta espera tan larga, tan dura que me has pintado. Acabás de... ¿y ninguno perduró?... ¿Qué estás mirando?... Si de esos intentos que decís, siempre volviste a mí... sí, claro, una imagen, ¿y qué pensás que queda de lo que una vez fui? ¿Mejor que mis imágenes? Cómo me gusta ese poema... No me idealices, por favor... Te vi los ojos tan tristes... No tengas dudas, si hay algo más, ahora es el momento, no mañana, no pasado, ahora...

No me harías ningún daño, ahora. Mi amor está por encima de vos y de mí... Como pareja aún no existimos... Sí, supe, más bien lo suponía... Eran palabras, ciertamente auténticas... y tan válidas para mí como podían ser las mismas palabras para ti, evocadas por planos distintos de existencia... Me intuías, me

intuías, recién ahora vas a empezar a interpretarme... No, no te asustes si te peleo, ahora soy discutidora...

¿Volver ya? ¿Estás seguro? ¿Cómo que nada es tuyo aquí? ¿No echaste raíces? No se puede sin raíces, ¿cómo sobreviviste? No, quiero hablar, sí, sí. Pero insisto, es el momento de decir lo que nunca se ha dicho ni se volverá a decir, hay demasiado en el medio, tus años de esfuerzo, tu profesión, tu soledad, no podés odiar esto, pensalo bien, no cambies de tema...

Bueno, entonces no le hace nada pensarlo una más, en todo caso no podés hacerlo por mí, sólo por vos... Mirá, hasta te diría que yo volvería feliz a Montevideo. Agradecida por todo lo que fue y no pudo ser mejor... Quizás sea cobardía pero no soportaría que regresaras sólo por mí, es egoísmo de mi parte. Me sentiría obligada a no permitir un eventual fracaso... Me vuelvo a enamorar si no lo impedís a tiempo... es tu responsabilidad, frenalme... después será otra historia, como cualquier otra, para bien o para mal, pero esta, la nuestra, empieza hoy o no empieza. Tenés la palabra... ¿adónde vas?... ¿Qué es esto? ¿Para mí?

«El espectáculo comienza cuando usted llega», insistió él por última vez, al tiempo que le entregaba un portafolio, negro, gastado.

Emergió de él su amarga soledad amarillenta por el paso de los años, en un cuaderno de poemas añejado por la calesita de estaciones preñadas de melancolía, y un mazo de servilletas de boliche plegadas desparejo, donde los versos habían fluido

quizás del fondo de un pocillo de café solitario, todos para ella, por ella, pensando en ella...

Se besaron, siguieron hablando, discutieron, arañaron, desgarraron, lloraron lo que nunca habían podido llorar juntos: la hija aún no recuperada, la hija que hacía once años él no veía.

Un bisturí implacable, hurgador, en mano de ella, abrió todas las heridas mal cicatrizadas, revolvió en ellas hasta el límite del dolor soportable. Un «te amo», en labios de él, sobrevivió impertérrito, obstinado, insistente; se lo dijo con palabras y cuando no le quedaron más, se lo dijo con un abrazo tan cálido y convincente que le encendió en el vientre la llama cierta de una nueva vida... esa agonizante noche de octubre, ya con las claridades del nuevo día.

No tuvo el valor de darse vuelta antes de entrar al avión. Los quince días se habían derretido en un fuego nuevo, debía regresar a Montevideo con ese fuego encendido y mantenerlo vivo hasta que él resolviera algunos detalles de trabajo antes del reencuentro definitivo.

Tampoco pudo ver el paisaje desde lo alto, el llanto formaba una cortina espesa que le devolvía el rostro de él, bañado en lágrimas, acusando de golpe arrugas que no se habían descubierto hasta ese último momento cuando ella empezó a preparar su valija, acentuando una expresión de desolación total, de desamparo, como si hubiese sido aplastado en un instante por

todo el dolor y la soledad acumulados a lo largo, a lo ancho y en lo profundo de tantos años.

Cerró los ojos, ella, para concentrarse en las gotas calientes que le ardían en las mejillas y se dejó adormecer por el lacerante recuerdo de las últimas palabras, entrecortadas, ahogadas, que él apenas pudo pronunciar al despedirse. Son sólo dos meses, esperame. Y la imagen de un ser mutilado se le apareció en sueños.

Él dio la espalda al avión que despegaba ya de la pista y como empujado dulcemente por una nube negra y espesa se fue alejando una cuadra, dos, diez, no sabe cuántas. El espectáculo había terminado. Hondos surcos la huella de sus pisadas.

Atravesó la plaza, cruzó una última bocacalle. Se detuvo exangüe frente a una puerta pintada de gris. Sin levantar la vista del suelo alzó el brazo derecho, buscó de memoria el timbre, que al instante respondió con un viejo y familiar sonido a salvación.

Alguien abrió la puerta. Alguien continuó con la mirada clavada en el suelo. Alguien le tomó una mano dulcemente. Alguien musitó: «No pude... no pude decirle de lo nuestro... no pude... no lo hubiera entendido... no puede... más adelante». ■

Para quien quiera darse cuenta

Era un niño grande, como un muchacho. Era un muchacho tierno, inocente como un niño, frágil como un pichón. Pero Quique crecía. Perdía los retazos de infancia a fuerza de coraje y lucha. Y perdió la costumbre de reírse fuerte, en los contactos, en las reuniones clandestinas, en las acciones.

No se dio cuenta, claro. De todas formas, recordar a Quique es recordar su sonrisa ocupándole toda la cara, ojos, nariz, orejas, hasta el pelo se le reía dulce, francamente.

Se fue haciendo hombre, enamorado: de la lucha revolucionaria, de su compañera, de la amistad, de los parques, de la vida. No se dio cuenta, claro.

Una tarde oscura y lluviosa del 72 nos cruzamos por la calle. Llorando de emoción, nos abrazamos hasta el alma. Hipaba como un niño. Estábamos los dos muy cambiados, el pelo teñido, peinados en forma distinta a la habitual, huyendo ambos de la represión, que ya tenía nuestros nombres. Lo vi muy envejecido, no se dio cuenta, claro.

«Mataron a mi hermano, ¿te das cuenta?, mataron a mi hermano... Y yo lo busco en todos los muchachos que veo pasar. Mataron a mi hermano y yo ni siquiera puedo comentarlo ni llorarlo con nadie, solo con la flaca, andamos los dos a monte,

no tenemos adónde ir a dormir, hace una semana que no nos bañamos... ¿Supiste que mataron a mi hermano?»

Les conseguí local por esa noche; charlamos. Ella comentó: «Mamá cayó, parece que le rompieron el cuello, está paralítica». Lloramos bajito y sin mediar palabras. Se bañaron, cenamos, y Quique ya no dijo más nada. Se dejó inundar de calor, de ternura, de modorra. Y no se dio cuenta de más nada.

Durmieron los dos en un colchón chico, en el suelo y supongo que habrán hecho el amor como si fuera la primera, o la última, vez. Se fueron temprano por la mañana. No los vi más.

Sólo supe, mucho tiempo después, que habían zafado, ¡qué bueno!, pudieron zafar... Fueron a parar a Cuba. Tuvieron dos niñas hermosas. Ahora ellas están en Montevideo. Las veo a veces caminando de la mano, las tres por la calle.

Quique no. Él se quedó allá. Quique se quedó. Se quedó de nuevo niño, de nuevo tierno, inocente, frágil como un pichón. No se da cuenta de nada, claro. Sigue internado en una clínica psiquiátrica, en La Habana. Ya no se da cuenta de nada. Claro. ■

Lo inmenso de mi querer

Victorina Godoy, la paraguaya. Bajita, ancha de hombros, ojos muy redondos y vivaces.

Victorina Godoy, la paraguaya. Cantaba como los ángeles, si es que algún ángel ha osado cantar alguna vez, entre tortura y tortura, con la dulzura y la potencia que ella tuvo. Cantaba mientras su físico agotaba reservas. Cantaba:

«Cuando vuelvas a mí, dulce bien,
mi cariño el mismo ha de ser,
tú comprendes muy bien
lo inmenso de mi querer...

Cuando vuelvas, en mi alma otra vez
el lugar que dejaste tendrás
y más puro que ayer
mi beso tú sentirás...»

Cantaba como los ángeles y callaba como los dioses. Como los dioses callan, sí, cuando es menester el silencio para seguir siendo dioses, sabios y todopoderosos. Y como callan también cuando no es necesario, cuando se espera de ellos una palabra, al menos una, la que nunca llega.

Victorina no habló tampoco con nosotras, sus compañeras, que intentábamos darle nuestro apoyo. Pasó mucho tiempo antes de que se decidiera a dirigirnos la palabra. Y cuando lo hizo, poco probable es que fuera por confianza. Su charla fue entonces estrictamente puntual. Contar, contó muy poco. Y muy contradictorio. Nuestro vínculo más estrecho con ella pasó por el canto. Era la única forma de sacarla de su hermético mundo.

No sabíamos entonces, intuíamos, que romper ese hermetismo era el primer examen que se debía rendir, el básico, para seguir la carrera de la cordura. Lo intuíamos, a pesar de nuestra juventud, de nuestra calidad de principiantes en el oficio de estar preso.

Pero Victorina no entraba ni entraría jamás en este oficio. Nada conocía ni entendía de política en pleno 1972. Todo parecía primitivo en ella, menos su alta consideración de la amistad, de la fidelidad, único motivo de su encarcelamiento que duró un año y medio, aproximadamente. Menos el goce visceral por el ridículo en que ponía a sus torturadores, riéndose con estruendosas carcajadas ante sus crueles e infructuosos intentos de sacarle alguna verdad útil. Pudimos suponer, al enterarnos, meses más tarde, que reía, redimiéndose a sí misma de los tratos escabrosos de su padre militar, siendo ella niña allá en Paraguay. El Paraguay de Stroessner.

Pudimos imaginarlo antes de cualquier breve explicación, al verla estremecerse frente a las amenazas de devolverla a su país (a su padre acaso) y callar entonces, como siempre, pero

sin risas. Era una nube oscura que pasaba por su mirada, era una noche incierta, un vacío, un nunca más. El silencio total.

Victorina Godoy fue canto y fuerza mientras tuvo que pelear. Pasó el tiempo de torturas, de vanos interrogatorios: Victorina se apagó. Fue metiéndose hacia adentro. Afuera dejó la risa, las canciones, el brillo de sus ojos, la palabra ocasional. Afuera dejó la fuerza. Afuera quedaron nuestras manos tendidas.

Se nos hizo inaccesible el camino hacia la fuente de su dolor. La distancia se hizo eternidad entre ella y nosotras. Sumergida en lo hondo y devorador de su calabozo, no respondía a ninguno de nuestros llamados. Cuando pasaba para el baño nos dejaba una mirada opaca, larga, vacía.

Llegó el día en que decidieron trasladarnos, a Victorina y a mí, a un lugar del interior del país, de muy peores condiciones. No volví a verla.

Me devolvieron a mi lugar de origen en un tiempo breve. Trámites judiciales. Victorina quedó allá. Y nada pude contra eso. Toda la impotencia del mundo empezaba a hacerse llaga abierta sobre la piel receptiva de mi espalda.

Victorina quedó allá, sola, tan sola que ni siquiera le quedó nuestra inútil presencia, nuestra inerte proximidad, nuestro llamado sin eco. Pasaron varios meses antes de que la regresaran a Montevideo. Volvieron a interrogarla. Otra vez se ensañaron. Esta vez no reía. Era sólo silencio.

Volvímos a tenderle manos amigas, sin preguntas. Había una cierta lucecita nueva, un apenas perceptible destello de

futuro en su mirada, una ilusión que parecía querer animarse a ser. Un intento asomándose a reconciliarla con la vida. En silencio.

Se la llevaron un día. Destino Paraguay, destino olvido. En el silencio desapareció. Hasta hoy. Llevaba un hijo en el vientre. ■

Valentía

La cascarita seca de la tierra se levantaba bruscamente para seguir volando suave después, al ritmo de mi respiración acelerada.

Con los ojos casi a ras del suelo podía ver cómo solamente las hormigas eran capaces de permanecer indiferentes a aquel acontecimiento que tenía en jaque a no menos de 300 personas.

No dejaba de ser una situación muy tensa: un toque de alarma, en la cárcel, podía significar, para el preso, dos cosas muy distintas. O era pura joda, ejercicio militar, ensayo teatral para recordarnos –por si cabía alguna duda– quién tenía la fuerza, o era una cuestión seria, muy seria, donde el elemento «preso» officiaría de conejillo de Indias, de rehén para otros propósitos que nada tendrían que ver con la seguridad interna.

Nos hallábamos entonces tiradas «cuerpo a tierra», a una distancia prudente una de otra, sin poder levantar la cabeza ni la vista del suelo; las soldados intercaladas con nosotras pero no demasiado cerca, los soldados de frente, apuntándonos con sus armas (no se sabe para qué, ya que si había momento menos indicado para hacer un intento de fuga, era ese).

Dábamos en ese entonces la bienvenida oficial a una incierta cantidad de cruceras que el comandante había alojado

en el predio donde debíamos trabajar. Hombre amante de la fauna, tuvo la fortuna de ser destinado a una cárcel como aquella, que tantas oportunidades le dio de conciliar, en el lugar de trabajo, deber y placer. Supo munirse de una exquisita caballeriza, con hermosos ejemplares de raza, de alta alcurnia, para su solaz en sus ratos libres.

Todo casi normal hasta ahí. O al menos no muy anormal, en los tiempos que corrían.

Después vinieron los ciervitos, el casal y su pequeño, retozando entre pastos, tomateras, repollos, perejiles y cebollas.

Llegaron también los carpinchos, al borde del tajamar; animalitos accesibles que pudimos conquistar a base de caramelos. Tuvo a bien, además, importar alguna llama, no se sabe si para introducir un toque andino en el paisaje de suaves penillanuras.

Andino, que no alpino. Porque alpino suena a Italia, por ejemplo, y ese toque de internacionalismo no fue dado por la fauna, al menos no por la fauna típica. De Italia tuvimos otros ejemplares que también pudieron gozar las bondades de la acogedora cárcel: hablo de los integrantes de un afamado circo italiano, de prestigio mundial, que llegaban los sábados de tardecita, o los domingos de mañana, a retozar y expansionarse. Eso sí: lejos de nuestra visión (por respeto sería, ¿no?) en una piscina construida a tales fines por el anfitrión en los verdes fondos del predio carcelario. Nosotras sólo veíamos su llegada y los saludos, pero el espectáculo debía ser sin duda encantador,

sobre todo para los soldados de la tropa, aburridos en las torres: exuberantes mujeres semidesnudas, atléticos jóvenes, la señora del comandante, los hijos del comandante, las novias de los hijos del comandante, los compañeros del liceo militar de los hijos del comandante, las novias de los compañeros de los hijos del comandante, y paro por aquí, para no ser indiscreta.

Autos, autos y más autos, todos emitiendo estruendosa música moderna.

La cárcel se vestía de fiesta, sonido y color. Y las mascotas. A la cita no faltó, en una ocasión, hasta una pantera –negra, toda negra– atada a una cuerquita. Claro que nuestra ubicación no era muy privilegiada, apenas algún agujerito rasguñado en la pintura de los vidrios, desde las ventanas de las celdas. Tan pequeños que únicamente nos permitían mirar, por turno, trocitos del espectáculo. No obstante, éramos conscientes de la magnitud de los hechos.

La cosa es que ahora le había tocado el turno a los reptiles. Ellas, las cruceras, escondidas entre los yuyos, habrían pasado el resto de sus arrastradas existencias en el más vergonzante anonimato de no ser por aquel sensible y atento comandante, que les había preparado este concurrido *vernissage*. Aclaremos que los bichitos no eran recién llegados, pero nadie les había prestado demasiada atención hasta el momento. Ninguna denuncia explosiva ante organizaciones internacionales, ningún ataque de histeria, nada. Menester es decir que, previamente, se había instrumentado una buena campaña publicitaria de

terror (infructuosa también): treinta días de arresto a rigor para quien matara o dañara a alguna de las cruceras. Aquel contundente toque de alarma, en medio de las actividades de la quinta, constituía la segunda y estudiada etapa.

Ya nos encontrábamos, como he dicho, en esta segunda etapa. Por lo tanto, no ignorábamos que ante nuestras narices bien podrían desfilar los reptiles, transitar por encima de nuestros cuerpos, sin que pudiéramos mover un dedo ni siquiera para pedir socorro por señas.

Claro que, ¡oh, picardía!, corríamos con una ventaja que hasta el día de hoy debiera darnos vergüenza: como elemento tranquilizador, obraba a favor de nuestra sobrada valentía el conocimiento de que a los mentados animalitos se les había extraído el peligrroso veneno.

Pequeño detalle, si uno quería trocar los momentos de suspenso en plácido juego mental. El aventurero, el niño y el loco que uno afortunadamente lleva dentro, acechaban relamiéndose, quizás por el encanto de lo diferente, lo inesperado, por la muerte del tedio. En definitiva, por el sacudón de la rutina que se rompe.

La tarde se prestaba, por otra parte, para que el aventurero saliera en busca de lo suyo. Nada de emocionante tenían los trabajos en la quinta, fuera de ser forzados, en pleno verano, a las dos de la tarde, al rayo del sol. Sólo el calor agobiante, la sed, el dolor en la cintura. Entonces no estaba de más suponer que salía, de entre el yuyal más tupido, majestuosa y escalofriante,

una gigantesca boa constrictora, devoradora de presas indefensas. O mejor aun, devoradora de uniformes verdes, en lugar de grises. Que quedábamos entonces solitas, enfrentadas a la siesta del animal atiborrado de milicos.

Que no teniendo sentido ya la alarma, corríamos liberadas por la falta de guardia. Nos desembarazábamos de los uniformes y nos perdíamos a toda carrera en la espesura de la selva, siendo allí rescatadas por un submarino terrestre, o por una nave espacial exploradora de nuestro planeta. No había imposibles.

El niño también podía salir a buscar algo, no sé... La novedad, la travesura de hablar en secreto, de hacer bromas a escondidas, de dejarse tomar de la mano por el viejo Tarzán, o por el moderno Jim de la Selva, y correr con Bomba a nuestro lado, esperando encontrar a Sandokan en la Malasia, o perderse para siempre con el malogrado señor Livingstone, o angustiarse con las suertes de los personajes de Quiroga.

Y el loco... él venía a disfrutar, a pesar de las armas que apuntaban hacia él, del estrecho y ya olvidado contacto con la madre tierra. Descubría fascinado que las plantas y los yuyos eran nuevos, vistos desde el suelo mismo. Que los sonidos brotaban desde abajo de la tierra y que los pastos le murmuraban palabras de amor al oído. Que los colores se hacían más intensos y los olores calientes de la naturaleza embriagaban con descaro.

El loco por fin creía descubrir, en la mirada asustada de los soldados, un dejo de complicidad, un algo de conciencia de ser todos iguales en presencia del peligro, un bastante de miedo

incontrolable, y un mucho de ser todos rehenes de la gran estupidez humana.

Y el monstruo acudió a la cita. No quiso defraudar al aventurero, al niño ni al loco.

Cruzó ante nuestras miradas, para regocijo nuestro, de las presas (no para los soldados, que quedaron como petrificados). Pasó a escasa distancia, como desfilando por una larga pasarela a cuyo costado yacíamos todos en línea recta.

Diría que casi no se notó, en nuestros sudores, la ausencia de veneno en la estrella, que se pavoneaba burlándose del público.

Pasado el peligro, comenzó una serie de risitas nerviosas a recorrer la fila. «Menos mal que no tienen veneno», igual no había sido muy agradable. Ja ja, ji ji, jo jo.

«Esto sí que fue prueba de circo», ja ja, je je, ji ji.

«Total, qué podía pasar?», JuJu JiJi JeJe

Toque final. Termina la alarma. Aguardamos la orden: «¡Continuaaar!».

Un soldado congelado comienza lentamente a volverse articulado, aunque su rostro aún no se deshíela. Mientras nosotras, muy sueltas de cuerpo, volvemos –no sin desgano– a recoger azadas, palas, guadaña, rastrillo, entre risas ya legales y sacudiéndonos los pastos y tierritas adheridos a la ropa. «Total, no tienen veneno.» Gozaba todavía el aventurero, reía el niño, se estremecía el loco.

Y el soldado, clavando su mirada rígida en el suelo, se anima a intentar los primeros movimientos de sus músculos faciales. «Están locas estas mujeres... veneno, veneno no tienen las primeras que trajeron, pero, ¿y las otras que nacieron aquí?» ■

ÍNDICE

Prólogo	5
Mi muchacho de blue jean	11
Invitación al amor	19
Las casas amarillas	21
Una mujer de carne y hueso	29
María José y las 19 canciones	31
Toda la sed	35
En voz alta	43
Hágase la luz	55
Buen Muchacho	63
El sol está alto	67
Soledades	81
Soltando amarras	87
Para quien quiera darse cuenta	97
Lo inmenso de mi querer.....	99
Valentía	103

